

EL BUQUE ROJO

EL ESPEJO  *de Amarilis*



El buque rojo

BÁRBARA VITERBO GUTIÉRREZ

INSTITUTO
MEXIQUENSE
DE CULTURA

2 0 1 2



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

ERUVIEL ÁVILA VILLEGAS
Gobernador Constitucional

RAYMUNDO ÉDGAR MARTÍNEZ CARBAJAL
Secretario de Educación

ÉDGAR ALFONSO HERNÁNDEZ MUÑOZ
Director General del Instituto Mexiquense de Cultura

INGRID M. C. ESTÉVEZ HERRERA
Directora de Servicios Culturales

GRACIELA GPE. SOTELO CRUZ
Responsable de la publicación

© BÁRBARA VITERBO GUTIÉRREZ / *El buque rojo*
(Convocatoria 2012)
Colección El espejo de Amarilis

Primera edición: 2012
DR ©Instituto Mexiquense de Cultura
Bulevar Jesús Reyes Heróles 302,
delegación San Buenaventura,
Toluca, Estado de México, C.P. 50110
gemimccs@mail.edomex.gob.mx

Registro de Derechos de Autor.
ISBN 968-484-331-3 (colección)
ISBN 978-607-490-125-2

Autorización del Consejo Editorial
de la Administración Pública Estatal No. CE: 205/01/121/11

Impreso en México
Printed in Mexico

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra –incluyendo las características técnicas, diseño de interiores y portada– por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la grabación, sin la previa autorización del Instituto Mexiquense de Cultura. El contenido es responsabilidad del autor.

*...Los muertos vuelven,
vuelven siempre por sus lágrimas
(el muchacho que se fue tras los antílopes
regresará también).
nuestras lágrimas son monedas cotizables;
guardadlas todas ¡todas!
para las grandes transacciones.
Hay estrellas lejanas
¡y yo sé lo que cuestan!*

LEÓN FELIPE, *El Hacha*

Personajes

Mexicanos:

SOCORRO BARBERENA, 19 años

MANUEL ZAVALA, 20 años

CARLOS GALLO, 23 años

RICARDO SOLÓRZANO, 20 años

DON MANUEL, padre de Manuel, 47 años

DOÑA ESTHER, madre de Manuel, 43 años

LUCÍA, 19 años, campesina

ALEJANDRO FRANCO, 20 años

LUPITA, amiga de Socorro Barberena en Veracruz

Espanoles:

ESTHER CASARES, 28 años

JOSÉ OTERO, delegado del gobierno republicano, 40 años

EUGENIO LLORENS, camarero, 38 años

JOSÉ HIGAREDA, marinero

SERAFÍN SANTAMARÍA, capitán del Mar Cantábrico, 31 años

SEBASTIÁN CUMBA (el cabo Cumba), tripulante del Mar Cantábrico, 24 años

Extranjero:

MARTIN J. GOLDEN, estadounidense, 25 años, tripulante del Mar Cantábrico

Además tres campesinos y dos mujeres de la comarca lagunera, dos doctores, enfermeras, soldados, la tripulación del Mar Cantábrico, la del Canarias, jueces, comparsas del Carnaval, etc.

NOTA: Todos los personajes podrían ser representados por un elenco de cinco actrices y 12 actores, en promedio.

PRIMER ACTO

Gran parte del escenario estará ocupado por una plataforma de madera que colgará al centro y de la que, al mismo tiempo, podrán pender cuerdas o escaleras (en el caso de las segundas, de metal o madera). Dicha plataforma podrá funcionar como cubierta de un barco, los carros de un tren, un templete o el cuarto de un hospital, según sea el caso. Resultaría una opción interesante que, en vez de una plataforma, fueran dos que por momentos podrían estar unidas, separadas o a desnivel, según sea el caso.

El personaje de Socorro Barberena estará presente en todas las escenas de la obra, aun en las que no participa, como aquellos dibujantes paisajistas, cuaderno y lápiz en mano, testigo mudo de todo lo que ocurra. Las fechas y lugares que se añaden en cada escena sirven como guía cronológica, podrían ser dichos por el personaje de Socorro o por algún otro personaje. El decirlos o no, no afecta el desarrollo de la trama.

I

Veracruz

Julio de 1937.

Oscuro. Los ruidos del amanecer en el puerto de Veracruz. Una luz cenital ilumina el extremo derecho de la plataforma. En ella, Socorro mantiene la mirada fija en el horizonte, con unos ojos que parecieran contener toda la historia de la humanidad.

Una muchedumbre invade el escenario, entre ésta se abre paso una mujer de unos cuarenta años, aunque aparenta más. Parece inquieta, busca febril a algún pasajero de los que descienden del barco. Cuando parece que su búsqueda ha resultado infructuosa, sus ojos se encuentran con los de la mujer de la plataforma. La mujer mayor escala la plataforma y camina despacio hacia su hija, quien permanece ahí, la mirada perdida de nuevo en el horizonte.

Las mujeres se encuentran: un abrazo largo, intenso, sin llantos ni gritos. Se separan. La madre toma el atado que carga su hija. Sirenas de barcos. Ellas se miran, se tocan, se reconocen. Una parvada de gaviotas recorre el cielo.

II Manuel

México, D.F., diciembre de 1934.

Las luces iluminan una calle poco transitada de la ciudad de México. Cinco sombras, cinco figuras humanas repartidas en tres grupos: a la izquierda, dos jóvenes; a la derecha, un hombre y una mujer mayores de cuarenta años. Entre ellos Manuel, amigo de los primeros e hijo de los segundos.

Al iniciar la representación parecerá que se desarrollan dos escenas de manera simultánea, pues el primer grupo no interactúa con el segundo, y viceversa; en realidad todos versan en torno a Manuel. Conforme la acción transcurre, esta dinámica cambiará e interactuarán todos los personajes presentes en el escenario. En algún lugar de éste Socorro dibuja febril todo lo que ve en un cuaderno. Allí permanecerá hasta su aparición formal en escena.

GALLO:

(Enciende un cigarro) Estuve el otro día en Juventudes, y llegó Lombardo con otros del...

RICARDO:

(Lo interrumpe) ¿Lombardo Toledano? ¿El de la CTM?

GALLO:

Sí, ese mero. Llegó con unos cuates del PC; hablaron del trabajo de concientización que falta hacer entre obreros y campesinos. Estuvieron unos brigadistas en La Laguna... dicen que las persecuciones siguen duras.

RICARDO:

¿Por los “dorados”?

GALLO:

No sé, Ricardo, hay mucho reaccionario por ahí, mucho cristero, sobre todo en El Bajío.

RICARDO:

¿Y luego?

GALLO:

La cosa está mucho más tranquila en el norte o en el sur, como siempre. De cualquier modo, pa donde agarremos, debemos andar con cuidado. Ya ven, los caciques en Morelos todavía compran matones.

Mientras habla, Gallo hace señas a Ricardo tratando de indagar sobre la actitud de Manuel, quien parece ajeno a la conversación.

RICARDO:

¿Qué vamos a hacer, entonces?

GALLO:

En Tampico ya me están esperando.

RICARDO:

¿Y nosotros?

GALLO:

Pues no sé. Ya saben que les consigo dónde llegar y toda la cosa. (*A Manuel*) Bueno, y tú ¿qué te traes?

MANUEL:

...

Ambos personajes hablan con Manuel, quien permanece callado.

DON MANUEL:

No sé, no me gusta.

DOÑA ESTHER:

A mí tampoco. Estás muy flaco.

DON MANUEL:

Yo te mando para tus cosas. Mira como traes el pantalón.

DOÑA ESTHER:

No creo que Clotilde te esté negando el alimento, ¿verdad?

DON MANUEL:
¿O qué? ¿No te llegan los giros?

DOÑA ESTHER:
Dice tu tía que ya ni a misa vas. ¿Por qué no te regresas?

MANUEL:
(*A Gallo*) No, nada.

RICARDO:
(*A Manuel*) ¿Viste a tus papás? ¿Les preguntaste por mi mamá?

DON MANUEL:
Pobrecita, está muy acabada.

DOÑA ESTHER:
Ninguno de los hijos le escribe; como a mí.

DON MANUEL:
(*Reconviniéndola*) Esther...

DOÑA ESTHER:
Pues es la verdad, esa señora está muy sola.

RICARDO:
Vive con mi tía.

MANUEL:
Escríbele más seguido.

RICARDO:

Luego ni pa los timbres me alcanza.

MANUEL:

Pus yo te presto, pero escríbele.

RICARDO:

Me prestarás la pluma, o el papel; tú también siempre andas bien roto.

GALLO:

(*A Manuel*) ¿Y qué, ya se regresaron o todavía están aquí?

DON MANUEL:

¿Y qué es de Gallo y Ricardo? ¿Qué hacen?

MANUEL:

Trabajan.

DOÑA ESTHER:

¿No estaban estudiando?

MANUEL:

¿Con qué ojos?

DOÑA ESTHER:

¿Cómo?

DON MANUEL:

Que no tienen dinero.

DOÑA ESTHER:
¿A ellos no les giran?

MANUEL:
El padre de Gallo también está muerto.

GALLO:
(*A Manuel*) Están aquí por ti. Quieren que te regreses.

MANUEL:
No.

DON MANUEL:
¿Y tú no estabas yendo a la escuela de artes?

RICARDO:
(*A Manuel*) ¿Vinieron a ver tu hermana?

MANUEL:
Sí, pero...

DON MANUEL:
¿Y luego? ¿Qué has hecho?

MANUEL:
Terminé aquella talla en piedra... El busto que les mandé.

DOÑA ESTHER:
Pero qué...

GALLO:

(*A Manuel*). ¿Y qué, te vas a ir con ellos?

DOÑA ESTHER:

¿Entonces ya tampoco vas a la escuela?

MANUEL:

(*Cercado*) No.

DON MANUEL:

¿Y qué estás haciendo?

DOÑA ESTHER:

¿Ya no vas a estudiar? Para eso es el dinero que te mandamos.

MANUEL:

Hay cosas más importantes, el estudio puede esperar.

DOÑA ESTHER:

¡Qué barbaridad! (*A su marido*) Manuel, dile algo.

DON MANUEL:

Por lo menos tus amigos trabajan.

MANUEL:

Yo también.

DOÑA ESTHER:
¿En qué trabajas?

MANUEL:
En lo mismo que ellos.

DON MANUEL:
¿Qué hacen?

GALLO:
Allá el trabajo, según los sindicalistas, va a estar complicado.

MANUEL:
¿Dónde?

GALLO:
¿Quihubole?

MANUEL:
¿Qué?

GALLO:
¿Ya despertó el camarada Zavala?

MANUEL:
Ora.

RICARDO:
En Tampico, Manuel.

MANUEL:

(A Gallo) Ya no eches carrilla, sígueme.

GALLO:

En “El Águila” y la “Huasteca” han habido problemas sindicales. Luego ni tiempo les dan para hacer los mítines.

MANUEL:

¿Y cuál es el plan?

GALLO:

Ayudarlos a organizarse. Concientizarlos.

MANUEL:

Pero todavía hay mucha renuencia. Piensan que les vamos a quitar la religión.

RICARDO:

Eso estaría bueno, es lo que los mantiene adormecidos.

MANUEL:

Pero no se puede empezar por ahí, porque entonces se asustan y ya no escuchan.

GALLO:

Zavala tiene razón.

DON MANUEL:

Eso no es trabajo.

DOÑA ESTHER:
Desde luego que no.

MANUEL:
Es un trabajo distinto. Papá, ya te lo expliqué el otro día.

DON MANUEL:
¿Cuánto te pagan?

Manuel no responde, mira a ambos grupos.

DOÑA ESTHER:
(*A su marido*) Ay, Manuel, no te das cuenta de que no le pagan. Trabaja para nada.

GALLO:
(*A Manuel*) ¿Entonces qué, te vas con nosotros?

DON MANUEL:
A ver, hijo, déjame ver si entendí. Ya no estudias y sí trabajas, pero donde trabajas, no te pagan; entonces, ¿a qué estás aquí?

RICARDO:
¿Cuándo nos vamos?

GALLO:
De ser posible, mañana mismo. ¿Por qué?

RICARDO:

Va a ser Navidad.

GALLO:

¿Y ora qué, te me vas a agüitar?

RICARDO:

¿Cómo crees? (*Pausa brevísima*) Me gustaría pasar a ver a mi mamá.

GALLO:

(*Irónico*) ¿Y qué, vas a ver si te trae algo el Niño Dios?

MANUEL:

Déjalo.

GALLO:

Ya salió el peine. ¿Qué, tú también vas ir a abrir tus juguetotes?

MANUEL:

Deja que te explique.

GALLO:

Pos si casi casi acabas de decir que la religión es el opio de la humanidad, y me sales con ésas.

MANUEL:

Si no es por eso, Gallo. Quiere ver a su mamá y estar en familia. La señora recién está viuda.

GALLO:

Mi mamá también está viuda, y no voy a ir de Navidad.

MANUEL:

Pero no la amueles, tú la fuiste a ver hace un mes.

GALLO:

Que vaya a Guadalajara para estar con su mamá, pero no a festejar.

RICARDO:

Ya cálmela. Yo no sé qué ando diciendo, si ni tengo dinero.

MANUEL:

Vete de mosca. Así luego le hace éste. (*Por Gallo*)

A partir de aquí, todos los personajes en escena interactúan.

DON MANUEL:

(*A los amigos de Manuel*) ¿Van a Guadalajara?

GALLO:

Yo no, acabo de estar allá.

DON MANUEL:

Ya me acuerdo que te vi en el tren.

GALLO:

Ora me voy pa Tampico, hay mucho trabajo que hacer.

DON MANUEL:

¿Y allá tampoco les pagan?

Gallo sonríe, resignado.

DOÑA ESTHER:

Manuel se viene con nosotros.

MANUEL:

Mamá...

DON MANUEL:

¿De qué vas a trabajar?

GALLO:

En las petroleras, don Manuel.

DON MANUEL:

En eso hay mucho dinero.

GALLO:

No se crea, hay mucho dinero para los ingleses y los gringos, pero no pa los de este lado, y menos si uno es obrero.

DON MANUEL:

No, pues si las cosas andan así, ¿a qué vas?

Gallo va a responder y Manuel lo ataja.

MANUEL:

A trabajar con los sindicatos, son muy importantes las jornadas de concientización con los obreros.

DON MANUEL:

¿Y de qué hay que concientizarlos?

MANUEL:

Para empezar, de que se afilien al sindicato, a muchos todavía los amenazan o los convencen de no hacerlo.

DON MANUEL:

La afiliación sindical es libre. Además, las cuotas las aporta el trabajador.

GALLO:

A cambio de una serie de prestaciones que debieran otorgar los patrones.

MANUEL:

Aunque ahora Cárdenas está por la afiliación colectiva en el Sindicato Ferrocarrilero. Así que, si no te has afiliado...

DON MANUEL:

Estoy afiliado muy a mi pesar. Dicen que el presidente está por el respeto a las creencias de todos los afiliados.

DOÑA ESTHER:

Eso está muy bien.

MANUEL:

Pues mira, papá, los de las petroleras ya se habían acostumbrado a que los obreros mexicanos no exigieran nada a cambio.

GALLO:

Pero eso ya se acabó, y que lo entiendan de una buena vez.

DOÑA ESTHER:

Todo eso está muy bien. (*A su hijo*) Pero tú te vienes con nosotros, ¿verdad?

MANUEL:

Yo quisiera... El trabajo con los obreros es muy importante.

DOÑA ESTHER:

También la Nochebuena es muy importante, y siempre la has pasado allá.

GALLO:

Va a estar bien, doña Esther, no se preocupe.

DOÑA ESTHER:

(*Muy molesta*) Sí me preocupo.

MANUEL:

Mamacita...

DOÑA ESTHER:

Primero a alguno de ustedes se le ocurrió que iban a dedicarse a ser toreros, y ahí andaban con su artilugio capoteando todo el santo día en la calle. Luego a otro, que “vámonos

a Europa” dizque a estudiar y abrirse camino: y ese fue el pretexto para venir a México y dejar la universidad. Después que si la pintura y la escultura y hablar de cosas que yo la verdad no entiendo: que si Manuel mi esposo y yo somos unos reaccionarios, que si el fascismo esto y que si la dictadura del proletariado aquello. Ahora prefiere andar de aquí para allá convenciendo a la gente de no sé cuánta cosa, que pasar unos días con nosotros, con su familia. (*Pausa*) Lo que sí sé es que desde que Manuel mi hijo anda con ustedes, ni trabaja, ni estudia, ni va a misa, ni hace nada de bien, ni de provecho.

MANUEL:

Mamá, por favor, no vas a culparlos, yo he tomado mis propias decisiones.

DOÑA ESTHER:

Fíjate nomás como andas vestido, las valencianas todas rotas. Por lo menos anduvieras más arreglado. Eres para nosotros como un extraño, alguien a quien ya no conocemos.

DON MANUEL:

Tú no eras así, hijo.

MANUEL:

Yo siempre he sido así. En todo caso son ustedes los que han cambiado y ya no entienden nada.

DON MANUEL:

Nosotros no hemos cambiado.

MANUEL:

En realidad todos lo hacemos. En otros tiempos encontraba mayor comprensión en ustedes.

DOÑA ESTHER:

Tú cumplías con tus obligaciones, sobre todo para con Dios.

MANUEL:

No me enseñaron a ser hipócrita. No voy a ir a la iglesia sólo para complacerlos cuando ya no comulgo con esas ideas.

DON MANUEL:

¿Y ahora con cuáles comulgas?

MANUEL:

Te lo expliqué cuando me llevaste a La Villa con tu compadre el obispo, para que me convenciera. Pero además tú lo viste, papá. No sé por qué no lo entiendes.

DOÑA ESTHER:

(*A su marido*) ¿Cuándo fue eso, Manuel? ¿Por qué no me dijiste nada?

DON MANUEL:

No quería preocuparte.

MANUEL:

Sólo de acordarme, me da rabia.

DOÑA ESTHER:

(*Confundida*) ¿Pues qué pasó?

MANUEL:

Mira, mamacita, yo sé que no te gusta como ando vestido, pero más coraje te habría de dar ver al obispo ese. Se perfuma con unas lociones tan caras y finas, y usa unas joyas de oro y brillantes... Se le llena la boca con lo de la humildad y la sencillez de la Iglesia. Humildad la de los pobres peregrinos descalzos, que dejan las urnas llenas de limosnas; y los padrecitos que los ven tan necesitados, en lugar de devolvérselas, se las echan a la bolsa. ¿O no, papá?

Don Manuel confundido no sabe qué decir.

MANUEL:

Vergüenza les había de dar. Y no creo que los dejen entrar al cielo, si es que existe...

DOÑA ESTHER:

(Lo interrumpe) ¡Manuel!

MANUEL:

(Sin reparar en lo que ha dicho su madre) Con las bolsas retacadas de alhajas. Te ofrecen la riqueza de la vida eterna allá en el cielo a cambio de unos cuantos centavos, mientras aquí: pan y agua; pobreza y sacrificio a cambio de algo que, valga la redundancia, no creo que exista.

DOÑA ESTHER:

¡Por Dios, hijo!

DON MANUEL:

(Furioso) ¡Ya estuvo bueno, Manuel!

MANUEL:

Pero ¿qué quieres, papá? Si esa es la verdad, date cuenta.

DOÑA ESTHER:

¡Qué barbaridad!

DON MANUEL:

Tú eres el que debería darse cuenta. Yo no te llevé para que te anduvieras fijando cómo se visten los curas. Además mi compadre anda vestido así para que hagas conciencia y reflexiones. Los vicios de la humanidad también están en la Iglesia: es una Iglesia de hombres, de gente que se equivoca como tú y como yo, pero en la que te inculcan la bondad, el amor y el respeto por el prójimo. Eso fue lo que te dijo mi compadre y tú estabas de acuerdo.

MANUEL:

¿Y cómo no iba a estar de acuerdo? Pero también te dije y te lo digo ahora, frente a mi mamacita, que la bondad y el amor al prójimo no me lo enseñaron los curitas en la iglesia, sino ustedes con su ejemplo y su cariño.

DON MANUEL:

No les quites mérito a los curitas.

DOÑA ESTHER:

(*A su esposo*) ¡Manuel!

MANUEL:

Pues no creo que lo tengan; en todo caso, el mérito es de ustedes, que me criaron como lo hicieron.

Silencio. Por un instante todos se miran sin saber qué decirse.

DON MANUEL:

Bueno, ¿y ustedes qué piensan?

DOÑA ESTHER:

¡Qué van a pensar! ¿No te das cuenta? Para ellos ni Dios, ni la Virgen, ni el cielo son nada. Ya no son creyentes. Es por demás.

GALLO:

Yo sólo puedo hablar por mí, don Manuel. Que cada quién piense lo que quiera. A nuestra edad, ya se tienen los años suficientes para saber lo que se hace y lo que se piensa.

DON MANUEL:

¿Manuel?

MANUEL:

Ya saben lo que creo.

DON MANUEL:

(Como quien tiene la esperanza de oír lo que desea) ¿Esa es tu última palabra?

MANUEL:

(Firme) Sí.

Doña Esther y don Manuel se miran en silencio.

DON MANUEL:

De acuerdo, si ya crees tener la edad suficiente para renegar

de todo, también la tienes para trabajar o para solucionar tus problemas de dinero.

MANUEL:

Pero papá, no creas que...

DON MANUEL:

Lo que creo ya no te importa. ¿Es así?

DOÑA ESTHER:

Es así. Por nuestra parte se acabaron los giros. No hay más.

MANUEL:

Como ustedes digan.

Manuel baja la cabeza. Gallo y Ricardo lo palmean en la espalda. Manuel busca en vano la mirada de su madre, quien desde hace un rato mira con severidad a los amigos de sus hijos. Manuel se acerca a sus padres buscando abrazarlos; don Manuel responde al abrazo, pero doña Esther ni siquiera lo mira. Gallo y Ricardo hacen mutis. Pareciera que Manuel va a decir algo, se arrepiente y sale tras ellos. Doña Esther y don Manuel se miran entristecidos.

SOCORRO:

(Para sí, como si leyera) La consigna es el corte, el corte, el corte, el corte hasta llegar al polvo, hasta llegar al átomo.

III

Como usted

La Laguna, México. Verano de 1936.

Amanece. Al pie de un árbol, dormidos, se hallan los tres jóvenes inseparables. Al fondo, los campesinos ya pizcan algodón. Diminutos copos de la suave cosecha escapan con el viento de entre las manos de los campesinos, quienes cantan una canción cardenche:

AL PIE DE UN ÁRBOL

Al pie de un árbol
mi alma se sienta triste
Ya iluminada por
la luz de mañana
Salió y me dijo:
Que era esperanza vana.
Donde a la vez
mejor me duermo yo.

La vide venir
mas no creiba que ella era.
Yo me acerqué
hasta el pie de su ventana.

Salió y me dijo
que era esperanza vana.
Donde a la vez
mejor me duermo yo.

Quisiera ser
una garza morena
para estarte mirando
sobre una redoma de agua

Pero trigueñita
nomás que me acuerdo lloro
¿Quién tiene la culpa?
Usted que me acompañó.

Los tres hombres, uno a uno, se van levantando y contemplan el espectáculo de la música y el amanecer.

MANUEL:
(*Conmovido y emocionado*) No lo puedo creer.

GALLO:
Si te lo dije, hermano.

RICARDO:
(*Desperezándose*) ¿Qué pasa?

MANUEL:
Mira.

Ricardo no responde. Sólo mira por unos segundos, extasiado.

MANUEL:

¿Qué otra cosa podría pedir? Está para pintarse, como diría mi padre.

GALLO:

Y cantan una y luego otra y luego otra. Así mientras pizcan.

RICARDO:

¿Y las mujeres no cantan?

GALLO:

Una que otra. Pero no siempre.

MANUEL:

Y allá en Tampico las que cantan son las mujeres.

RICARDO:

Te cantaban a ti, que las traías muertas.

Manuel se sonroja y le da un empellón.

RICARDO:

¡Oh, pus es la verdad! ¿O no, Gallo?

GALLO:

Si no sé por qué no pedaleas mis bicicletas; ellas con gusto dejarían que tú las pedalearas.

Gallo y Ricardo ríen, cómplices; Manuel los mira, reservado. A lo largo de esta conversación irán recogiendo sus cosas del suelo.

RICARDO:

Porque eres camarada, si no...

MANUEL:

Si no ¿qué? (*Molesto*) ¿Cuándo me he andado con chingaderas?

RICARDO:

Tranquilo, compa. Si no lo digo por eso...

MANUEL:

¿Entonces?

GALLO:

Si ya lo conoces, nomás está echando carrilla.

MANUEL:

Que no se piense que no soy ley.

RICARDO:

Más que ley. No te encabrites.

GALLO:

Somos hermanos.

RICARDO:

(*A Gallo*) Hermanos, hermanos, pero no dejas dormir. Pareces locomotora descompuesta.

GALLO:

Pus también mira dónde nos tocó pasarla.

MANUEL:

A mí me fue de perlas.

GALLO:

Entonces él fue el que roncó.

RICARDO:

No Gallito, eras tú. Me tenías al lado, yo te vide con estos ojos.

GALLO:

(Quien ha ignorado los últimos comentarios de sus compañeros y se ha dedicado a revisar el horizonte para ubicarse en éste) Ya de día se ve mejor. Voy a preguntarles a estos compas por la representación sindical. ¿Qué hacemos? ¿Me esperan? Adelantaríamos si comienzan a tantear la situación.

RICARDO:

¿Y qué? ¿Vamos a volver a pasar la noche así?

GALLO:

Mira tú. ¿De cuándo acá tan burguesito?

RICARDO:

Desde que hace más de una semana que el agua no me toca. Me quiero bañar.

MANUEL:

Báñate en el río.

RICARDO:

Híjole, pero...

MANUEL:

¿Qué? No se te vaya a caer la piel.

GALLO:

Vente conmigo, allá seguro hay donde te laves con jabón y toda la cosa.

RICARDO:

¡Qué suave!

MANUEL:

Yo aquí los espero. No se tarden. Traigan algo de comer.

GALLO:

Arrímate a los compas, que te regalen un taco.

Gallo y Ricardo comienzan a caminar hasta perderse en el horizonte. Los campesinos cantan y pizcan algodón como en una danza mágica. Manuel recoge sus pertenencias, mira durante unos segundos en dirección al campo y se acerca a donde se encuentra un pequeño grupo de campesinos.

MANUEL:

¡Buenos días!

Los campesinos le responden; algunos con un “Buenos días”, otros con un “Buenas”. Manuel busca un lugar que lo eleve un poco de donde se hallan los campesinos e iniciar el mitin.

MANUEL:

(Un carraspeo leve) Camaradas, mis compañeros y yo hemos llegado hasta aquí con la profunda convicción de concientizarlos. Las condiciones de explotación en las que trabajan resultan insostenibles. La relación obrero-patronal debe cambiar, no es posible que los medios de producción, la posesión y explotación de la tierra no pertenezcan al proletariado...

Manuel continúa su discurso. Los campesinos hablan entre ellos sobre lo que está ocurriendo. La disertación de Manuel queda en segundo plano.

CAMPESINO 1:

¿Qué tanto dice éste?

CAMPESINO 2:

Sabe. Ansina hablan los patrones.

CAMPESINO 3:

Puras pendejadas...

CAMPESINO 2:

Nomás entre ellos se entienden...

CAMPESINO 1:

Pa mí que ni eso.

CAMPESINO 3:

(Lo dice fuerte, buscando que Manuel lo escuche) Puro chamaquito tarugo que ya nomás porque son muy leídos y es-crebidos se creen que saben más que uno.

MANUEL:

(Sigue discurrendo, aunque un poco confundido) ...por ello se hace necesario iniciar el proceso de colectivización. La burguesía va a intentar detener de una manera u otra dicho proceso. El cacicazgo hostil...

CAMPESINO 2:

(A Manuel, increpándolo) ¡Bájate a pizar, que se te encurtan las manos!

CAMPESINO 1:

¡La mera chinga está acá!

MANUEL:

(Manuel continúa su discurso, no entiende lo que ocurre) ...sumado a todas las demás formas de explotación que ejerce la burguesía, hacen que la lucha de clases deba manifestarse aquí y ahora, entre ustedes. Rompamos con un pensamiento reaccionario y fascista que ha logrado permeear incluso entre las clases trabajadoras como...

CAMPESINO 3:

(A los otros) Ira cómo le hace al pendejo.

CAMPESINO 2:

(Se acerca a Manuel) ¡Bájate, hijo!

MANUEL:

(Confundido) ¿Qué?

CAMPESINO 1:

¡Qué te bajas, pendejo!

Manuel, sin saber mucho qué hacer, baja del lugar donde se encuentra. Los campesinos sólo dejan de trabajar por momentos y siguen su labor.

MANUEL:

¿Me decían?

CAMPESINO 2:

¡Échese un trago!

MANUEL:

¿Cómo?

CAMPESINO 1:

¿Pos qué, estás sordo?

CAMPESINO 3:

No está sordo, nomás es tarugo.

Todos menos Manuel ríen.

CAMPESINO 2:

¡Échese un trago y no virigüe!

Manuel da un buen sorbo a la botella que le ofrecen.

MANUEL:

¿Y un taquito que me empuje no tendrán?

CAMPESINO 1:
(*Ríe*) ¡Qué chistosito es usted!

CAMPESINO 2:
Pos si apenas amaneció.

CAMPESINO 3:
Nadita que ha levantado.

CAMPESINO 1:
¡Y ya se quiere echar su taco!

Risas estruendosas.

CAMPESINO 2:
Esos los traen al rato las viejas.

CAMPESINO 1:
Pero muy al rato.

Manuel devuelve la botella, coge su bulto y se separa un poco del grupo. Silencio. Los campesinos toman de la botella. Campesino 2 lo mira por un rato.

CAMPESINO 2:
No se sienta mal, joven. Le vaya a pegar el sotol.

CAMPESINO 1:
Ansina semos aquí.

CAMPESINO 3:
(*A Manuel*) ¿Qué tanto anda usted diciendo?

CAMPESINO 1:
La mera verdá ni quien le entienda.

CAMPESINO 3:
Seguido vienen unos... No como usted...

CAMPESINO 1:
Es que andan así, de a tiro muy catrines...

CAMPESINO 2:
No es que usted ande mal vestido.

CAMPESINO 3:
Pero ellos se perjumean y todo... No como usted.

CAMPESINO 2:
Y empiezan a decirnos retehertas cosas.

CAMPESINO 1:
Como usted... Y tampoco les entendemos.

MANUEL:
(*Suspira*) ¡Caray!

CAMPESINO 2:
Pero a aquellos luego luego se les mira la intención.

CAMPESINO 1:
Quieren que les firmemos papeles.

CAMPESINO 3:
A mí ya hasta se me olvidó cómo escribir mi nombre.

CAMPESINO 1:
¿Cuál?

CAMPESINO 2:
Si nunca aprendites.

Ríen. Silencio. De tanto en tanto miran a Manuel, quien parece confundido; ellos, sin dejar de trabajar.

CAMPESINO 1:
Endenantes no le paraba el pico y ora ya no quiere hablar.

CAMPESINO 3:
Le pasa al revés que ustedé, que le dan el sotol y se suelta a platicar.

Manuel sonríe.

MANUEL:
Y ustedes de dónde vienen.

CAMPESINO 2:
Éste (*Señala a Campesino 1*) y yo semos de aquí.

CAMPESINO 3:
Yo de Queréndaro, Michoacán.

MANUEL:
Yo soy de Guadalajara.

CAMPESINO 2:
¿Pos qué no venían de México?

MANUEL:
Sí venimos de allá, pero somos de Guadalajara. Mis camaradas y yo venimos con los del “Verde Olivo”...

CAMPESINO 3:
¿Qué no es el tren de *Tata Lázaro*?

CAMPESINO 1:
¿Y venían con *Tata Lázaro*?

MANUEL:
No.

CAMPESINO 3:
Pos que va a andar viniendo acá; él, puro Michoacán.

MANUEL:
Pues para esto de la colectivización y el sindicato, no.

CAMPESINO 1:
¿Y eso qué es? ¿Pa qué sirve?

CAMPESINO 3:

Ya va a empezar como endenantes.

MANUEL:

Los sindicatos son para defenderlos a ustedes de sus patrones. Lo que se busca es que los campesinos sean dueños de las tierras que trabajan. Que se organicen.

CAMPESINO 2:

Ansina decía el Justino.

CAMPESINO 3:

¡Újule, pero esas cosas no pasan!

MANUEL:

Pues aquí están pasando, por acá mero van a empezar.

CAMPESINO 1:

(Ríe incrédulo; a Manuel) No, pos estaba mejor calladito... ansina pura lengua.

MANUEL:

Sé que resulta difícil de creer.

CAMPESINO 3:

Y va a ser como endenantes, toditita la tierra pa los capataces.

CAMPESINO 2:

Ay, joven, a usted se le ve buena la intención. Pero siempre vienen de la ciudad y del gobierno con lo mismo. Ansina le decían a mi padre y ya ve.

Del extremo opuesto con respecto a donde se encuentran Manuel y los campesinos se escuchan las voces de un grupo de mujeres que traen pleito; una de ellas, Lucía, está embarazada.

MUJER 2:

(A los hombres) Ansina estaba con él y no lo soltaba. ¡Yo la vide! ¡Lo juro por Dios!

LUCÍA:

¡Eso no es cierto, eso no es cierto!

MUJER 2:

(A Lucía) ¿Pa qué lo quería, endina? No tiene por qué andar de cusca con lo que es de las demás.

MUJER 1:

(A Lucía) Ansina lo quiso Dios. Debe hallar conformidá.

LUCÍA:

¡Ansina no lo quiso Dios y usted lo sabe!

MUJER 1:

Sosíéguese, Lucía, sosíéguese. Le va a hacer daño a la criatura.

MUJER 2:

¿Qué criatura ni que nada? Deje que me responda. *(A Lucía)*
¿Qué andaba haciendo usted con aquél?

LUCÍA:

Vaya con él a que le diga.

MUJER 2:

¡Hágase la tonta! Ya no halla a quién repegarse. ¡Mustia!

CAMPESINO 2:

(A Mujer 3) Ahí anda usted otra vez, buscándole pleito a mi comadre.

MUJER 2:

Esto es cosa de nosotras. ¿A usted quién lo llamó?

CAMPESINO 2:

Usted, con los gritos que pega. Siempre viendo cosas donde no las hay.

MUJER 1:

(A Mujer 3) Vergüenza le había de dar. Está recién viuda y cargada. Usted supo cómo quiso a su señor y cómo se lo mataron.

MUJER 2:

Ella se lo buscó. Siempre embadurnándoseles a todos.

Lucía, arrebatada, arranca de los brazos de uno de los campesinos una daga con la intención de clavársela a Mujer 2.

LUCÍA:

¡Aaaaaaaah!

Manuel la alcanza a detener. Los campesinos corren a alejar a la Mujer 2. Pausa larga. Lucía abraza con fuerza a Manuel y llora.

MUJER 1:

(Se acerca furiosa a Mujer 2) Dele gracias a Dios que aquí no pasó nada, aunque usted se mereciba que le reventaran el hocico. Ansina como ve, también su marido me anduvo buscando con intención. Él es el que anda como animal sin mecate. Será porque usted no le cumple o será el sereno, pero o se deja de andar con cosas, o pa la otra yo me encargo de mandarla pal otro lado.

Mujer 2 se levanta, se limpia, recoge lo que traía y sale. Lucía se separa de Manuel, lo mira confundida, apenada. Un segundo después cae desfallecida. Mujer 1 y Manuel corren a ella.

MUJER 1:

¡Lucía!

MANUEL:

Esta mujer necesita un doctor o van a morirse ella y el niño.

CAMPESINO 1:

El más cercano está en la parroquia, camino a Torreón.

CAMPESINO 2:

Eso está lejos de a tiro.

MANUEL:

En la representación sindical. Alguien tendrá allá un carro.

LUCÍA:

(Despertando) ¿Justino, eres tú? *(Queriéndose levantar)*

MANUEL:

No, señora. Tranquilícese.

MUJER 1:

Cálmese, Lucía, cálmese, que va a perder al niño.

Manuel y los tres campesinos empiezan a recoger sus cosas.

LUCÍA:

(Delira) Justino, Justino.

MANUEL:

¿Quién es Justino?

MUJER 1:

Era su señor.

CAMPESINO 1:

Uno de los capataces lo mató.

CAMPESINO 3:

(En franca referencia a Lucía) Quesque la quería para él.

LUCÍA:

(A Manuel) ¡Vámonos, Justino, aquí te van a matar!

MUJER 1:

Está sudando.

CAMPESINO 2:

La verdá es que Justino era el único que siempre se le ponía.

CAMPESINO 3:

Él sí llegó a sexto.

CAMPESINO 2:

Nos organizaba. Así decía él.

CAMPESINO 1:

Tampoco a él le hacíamos caso.

CAMPESINO 3:

Como a usté.

MANUEL:

Sí, lo sé... Lo sé...

Lucía desfallece de nuevo.

MUJER 1:

¡Iren nomás, ya se volvió a desmayar!

MANUEL:

¡Vamos, vamos!

Manuel y los campesinos toman de la botella de sotol, le dan un último trago. Manuel levanta a Lucía y sale de escena seguido por los demás.

IV
La caseta del guardavías

Noviembre de 1936. En algún punto entre Guadalajara y México, D.F.

Manuel se guarece de la lluvia dentro de la caseta del guardavías. Un tren cruza delante de ésta; se detiene. Don Manuel descende del tren y sube hasta donde se encuentra Manuel. Socorro sigue en escena, dibuja el encuentro entre padre e hijo.

DON MANUEL:

¡Manuel, eres tú, hijo!

MANUEL:

¿Papá?

DON MANUEL:

¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí?

MANUEL:

Esperando a los muchachos.

DON MANUEL:

¿Van para Guadalajara?

MANUEL:

(Apenas cubierto con el saco de un traje viejo, tiembla de frío) No.

DON MANUEL:

(*Tocando la frente de su hijo*) ¡Estás ardiendo en calentura!

MANUEL:

Estoy bien.

DON MANUEL:

No, vámonos. No te puedo dejar así.

MANUEL:

No, papá, tengo que esperarlos. (*Tose*) Fueron a buscar a unos camaradas, pero preferí quedarme. No me quería mojar.

DON MANUEL:

Con esta lluvia te vas a poner peor.

MANUEL:

No, no me puedo enfermar.

DON MANUEL:

Vente, vámonos pa la casa. Allá entre tu madre y tus hermanas te cuidan. Ellos lo entenderán.

MANUEL:

No, tengo que esperarlos.

DON MANUEL:

¿Qué les esperas? Con esta lluvia no vienen. Hace meses que no pasas por la casa. Pararon el tren por tí.

MANUEL:

Por mí no, será por ti, que se los pediste.

DON MANUEL:

Pues sí y sabes que no podemos parar por mucho tiempo.

MANUEL:

Pues no esperes, papá, no esperes.

DON MANUEL:

¿Cómo te voy a dejar así?

MANUEL:

Ya te dije que no tardan en llegar los muchachos, no te preocupes. Vienen con algo para curarme.

DON MANUEL:

¡Entonces sí te sientes mal! ¡Qué barbaridad!

MANUEL:

Entiéndeme, papá, por favor.

DON MANUEL:

¿Cuándo vas a la casa?

MANUEL:

No lo sé.

DON MANUEL:

¿No piensas ir para Nochebuena este año tampoco?

MANUEL:
No papá. No sé. (*Tose*)

DON MANUEL:
¿Por qué no?

MANUEL:
Aún hay trabajo en La Laguna.

DON MANUEL:
¿Haciendo qué? Si estabas muy contento cuando te encontré la vez pasada en Irapuato, por lo de la reforma agraria y no sé cuánta cosa.

MANUEL:
Pues sí, pero no vale en nada la reforma si no se logra la colectivización de la tierra. No terminamos, nos tuvimos que salir. Todavía hay caciques con poder que han mandado a sus hombres a perseguirnos.

DON MANUEL:
¿Cómo va a ser eso posible?

MANUEL:
Les duele mucho perder sus tierras. No soportan que los campesinos dejen de someterse. Y más coraje les da cuando se dan cuenta que ellos no saben sacarle nada a la tierra sin tener a quien explotar. (*Tose con mayor intensidad*) No toleran ver a los jornaleros como propietarios, cuando hace unos meses seguían siendo sus peones. (*Le da un franco ataque de tos*)

DON MANUEL:

¡Ave María Purísima, mira cómo estás! Vente conmigo. Mañana me vengo en un tren a buscar a tus amigos. Vámonos a la casa, necesitas curarte. No te puedes quedar aquí. No te voy a dejar. ¡Enfermo no vas a llegar a ningún lado!

MANUEL:

No puedo.

DON MANUEL:

¡Caramba, qué necio eres!

MANUEL:

¡Papá!

Silencio. La lluvia comienza a ceder. Don Manuel jala a su hijo tratando de sacarlo de la caseta.

DON MANUEL:

Vamos, hijo, vente, aprovechando que casi no llueve.

MANUEL:

(*Molesto*) No, papá, por favor. No insistas, ya no soy un niño. Me quiero quedar aquí. Ya por favor. (*Tose*)

Del interior del tren, una voz interrumpe lo que entre padre e hijo ocurre.

Voz en off:

¡Don Manuel, no podemos esperar más, nos alcanza el Irapuato!

DON MANUEL:

Voy enseguida, Rufino.

MANUEL:

Ya vete, papá, ya vete. Se vayan a accidentar.

DON MANUEL:

Entonces, ¿cuándo vas a ir a la casa? ¿Cuándo te vuelvo a ver?

MANUEL:

No sé qué decirte. Es que después de La Laguna, nos vamos a Tampico o a Veracruz.

DON MANUEL:

¿Y allá pa qué? También va a haber reparto.

MANUEL:

No. No sé. A lo mejor nos vamos a España.

DON MANUEL:

¿A España?

MANUEL:

Ajá.

DON MANUEL:

¿Pero a qué? Con las cosas como están por allá, no los van a recibir en ninguna universidad.

MANUEL:

Es que no vamos a estudiar.

DON MANUEL:

¿Entonces?

MANUEL:

Por parte del Partido, integrando las Brigadas Internacionales de ayuda a la República.

DON MANUEL:

¿Y qué van a hacer? ¿Jornadas de concientización también o qué?

MANUEL:

No creo. Bueno, esa no es nuestra intención. Más bien como apoyo a los cuerpos militares.

DON MANUEL:

¿Como soldados?

MANUEL:

Sí.

DON MANUEL:

¡Qué barbaridad! ¿Pero qué, están locos? Que yo sepa ninguno de ustedes sabe de armas, ¿o sí? Además, ese es asunto de los españoles... ¿qué vela pueden tener en ese entierro?

MANUEL:

No, papá, te equivocas. El comunismo es un asunto de orden mundial. Si aquí estuviéramos en pie de lucha por el avance del fascismo, los camaradas españoles harían por nosotros

lo mismo que nosotros por ellos. Nuestro movimiento no conoce fronteras.

DON MANUEL:

¡Es una locura! ¡Esto no lo voy a permitir! ¡En tu estado no ves las cosas con claridad! ¡Vámonos!

MANUEL:

¡No, papá, no puedo ir, entiende!

DON MANUEL:

Hijo, comprendo que quieras ayudar a los campesinos, a los obreros que, como dices tú, padecen la explotación de sus patrones, pero ir a una guerra es otra cosa. Lo que has vivido aquí te parecerá un juego de niños. En una guerra no hay buenos, ni malos, sólo amigos y enemigos. Lo vi y lo viví en la Revolución. Una vez dentro no puedes escapar: cuando has decidido estar en ella, es a matar o a morir.

MANUEL:

Lo sé.

DON MANUEL:

No, no lo sabes, ni lo saben tus amigos. Son ustedes muy jóvenes y muy ingenuos. Es bueno pelear por lo que uno cree; pero la mayoría de las veces, al quererse encontrar con ello, lo único que se haya es un puñado de sinsabores.

MANUEL:

No ha sido así en nuestro caso. En La Laguna, en Tampico, en los Estados Unidos, hemos logrado ver enormes recompensas por nuestro esfuerzo.

DON MANUEL:

Pero en ninguno de esos lugares encontrabas a tus enemigos dispuestos a matar por lo que hacías. La guerra es el infierno en la tierra, entiende. *(Toma a su hijo de los hombros y lo sacude)* ¡Entiende!

Don Manuel abraza a su hijo con intensidad, éste responde de la misma manera.

DON MANUEL:

Hijo, te lo suplico. Ven a la casa conmigo, por favor.

MANUEL:

¿Qué te digo, papá? ¿Qué te digo? *(Tose)*

DON MANUEL:

Dios me trajo aquí por algo. Me voy a bajar en la siguiente estación y voy a venir a buscarte en un coche.

MANUEL:

Los muchachos no tardan en llegar.

DON MANUEL:

Hijo, por favor: prométeme que me vas a esperar aquí.

MANUEL:
Pero papá...

DON MANUEL:
Si llegan te vas con ellos, pero si no, prométeme que me esperas.

MANUEL:
Está bien.

DON MANUEL:
¡Qué alegría! Entonces no me despido. (*Se quita el saco y lo coloca en la espalda de su hijo*) Toma. ¡No te vayas, Manuel! Aunque ellos vengan, piénsalo y espérame.

MANUEL:
Sí. Está bien.

Don Manuel desciende de la caseta y corre hacia el tren, que lo espera. Manuel lo mira alejarse. El tren arranca y se va. Silencio largo. Del lado contrario por el que el tren se ha ido, se escuchan las voces de un grupo de personas que se acercan.

Voz en off:
(Fuera) ¡Manuel! ¡Manuel, eres tú!

Manuel baja de un salto de la caseta, se tropieza y cae. Se levanta, mira por última vez hacia el punto por donde ha salido su padre. Sale.

V Carnaval

Febrero de 1937.

La escena representa el malecón en uno de tantos días en los que se celebra el Carnaval en el Puerto de Veracruz. El ambiente es alegre, festivo, mundano y bullanguero. Dos jovencitas caminan a lo largo de este paseo, que ofrece a los sentidos múltiples alternativas. Socorro es una de ellas; su atuendo es austero, hasta podríamos decir que raro, con respecto al ambiente circundante: viste una falda larga negra y en la cabeza una boina roja que acomoda de lado; lleva, como siempre, un lápiz carboncillo y su libreta de bocetos. Su amiga Lupita, en contraste al atuendo de la anterior, porta un alegre vestido rojo y una máscara que por momentos colocará sobre la cara. Socorro irá buscando un espacio en donde poder dibujar; cuando lo encuentra se establece en él.

SOCORRO:

¿Qué más te dijo?

LUPITA:

(Emocionadísima) Nada... me abrazó fuerte y me puso contra la pared... Sentí el calor de su aliento, luego me besó...

SOCORRO:

¿Y tú qué hiciste?

LUPITA:
Lo mordí.

SOCORRO:
¿Cómo?

LUPITA:
¡Ay, mensa! Pues cómo preguntas eso.

SOCORRO:
¿Qué tiene? A lo mejor no te gustó y lo aventabas o te lo quitabas de encima. ¿Yo qué sé?

LUPITA:
¿Cómo no me va a gustar? Si fue el beso más delicioso que me han robado.

SOCORRO:
¿Y Pepe?

LUPITA:
(Apenada, se coloca la máscara sobre el rostro) ¿Pepe?

SOCORRO:
¿No se llama así tu novio?

LUPITA:
¡Ah, sí! No... ¡Uy, ya ni me acordaba! Ése ya no es mi novio.

SOCORRO:

Desde cuando, porque ayer me dijiste que todavía te hacía la ronda.

LUPITA:

Me lo encontré hace rato y ya no le hablé.

SOCORRO:

¿Así nomás?

LUPITA:

Así nomás. Él entendió porque al rato lo vi con otra paseando en su coche.

SOCORRO:

Y el nuevo, ¿cómo se llama?

LUPITA:

(Hace un esfuerzo por recordar) ¿Raúl? *(Titubea)* Sí, creo que Raúl.

SOCORRO:

No sabes ni cómo se llama, pero bien que te das de besos con él.

LUPITA:

¿Ya vas a empezar? Mejor ni te cuento nada.

SOCORRO:

Si yo nomás decía.

LUPITA:

Oye, ¿no te mueres de calor con esa ropa?

SOCORRO:

No, al rato que empiece el aire, voy a estar muy a gusto.

LUPITA:

Pero si estamos en Carnaval. ¿Por qué no te destapas un poquito? Quien no enseña, no vende.

SOCORRO:

¿Vender qué?

LUPITA:

Ay, mensa, es un decir.

SOCORRO:

Así estoy bien.

LUPITA:

Allá tú, pero con tanto recato te vas a quedar a vestir santos.

Por la derecha entra un grupo de marineros, quienes se colocan a un extremo del escenario. De vez en cuando uno de ellos mira de reojo hacia donde se encuentran Socorro y su amiga.

LUPITA:

(Que los ha visto) ¡Mira, mira, mira, mira! (Lo dice cantadito)

SOCORRO:

¿Qué?

LUPITA:

Si están como me los recetó el doctor.

SOCORRO:

¿Dónde?

LUPITA:

Allá, mensa. (*Lo dice al tiempo que le acomoda la cabeza*)

SOCORRO:

¡Ah! (*Los mira*)

LUPITA:

¡Mira ése! ¡Está volteando hacia acá! ¡Disimula, disimula!

SOCORRO:

¡Ahí vienen!

LUPITA:

¿Qué?

SOCORRO:

Que ahí vienen.

LUPITA:

¿Quién? (*Voltea poniéndose la máscara para ver lo que ocurre*)

SOCORRO:
El que dices.

LUPITA:
Ya se arrepintió. ¿No ves? Se está regresando. Es que tu ropa no ayuda.

SOCORRO:
No pues si quieres me voy. Al fin a mí ni me importa.

LUPITA:
Sí, se nota. (*Arrepintiéndose*) No, ¿cómo crees? Es una broma. (*De repente*) ¡Mira, Coco, mira, ahí viene otra vez y con un amigo! Uno para ti y otro para mí. ¡Disimula, disimula!

Los marineros se acercan. Ambos son españoles. Socorro continúa dibujando. Ellos dicen: "Buenas tardes, señoritas".

LUPITA:
(*Coqueta, juega con la máscara*) ¿Qué tal? Buenas tardes.

CUMBA:
¿Vivís aquí?

LUPITA:
¿Cómo?

SOCORRO:
¿Que si vivimos aquí?

LUPITA:
Sí, aquí, aquí... ¿Y ustedes?

CUMBA:
Españoles.

LUPITA:
Eso luego luego se ve.

EUGENIO:
Yo soy valenciano.

SOCORRO:
Como el padrastro de Pepe.

LUPITA:
(*Embobada*) ¿Pepe? ¿Cuál Pepe?

SOCORRO:
¿Cómo cuál? Pues tu novio.

LUPITA:
(*La pellizca*) Ese ya pasó a mejor vida.

Socorro grita quedo tras el pellizco.

CUMBA:
¿Murió?

LUPITA:
Es un decir.

SOCORRO:

Está vivo, sólo que ya no es su novio.

LUPITA:

Claro que ya no tengo novio.

CUMBA:

Aquí mi compañero desea visitar a un amigo que vive en La Antigua. ¿Vosotras sabéis cómo llegar?

LUPITA:

Sí, desde luego. ¿Cómo se llega a La Antigua, Coco? (*A los marineros*) Es que ella es de allá.

SOCORRO:

No es cierto.

LUPITA:

(*Apenada, le suelta un codazo*) Pero si tú me dijiste que...

SOCORRO:

No soy de allá; conozco pues voy mucho a dibujar. (*Aparte, a Lupita*) ¿Qué comiste que amaneciste con la mano tan pesada?

LUPITA:

Dulce de coco. (*Entre dientes*) Ya les puedes decir.

SOCORRO:

Miren, toman un propio aquí mismo y le piden al chofer que los deje allá. Así le hago yo cuando tengo dinero. No tiene gran ciencia, ¿verdad? (*Enfática a Lupita*)

CUMBA:

¿Y qué es un propio?

SOCORRO:

Un carro, un taxi.

EUGENIO:

¡Ah, vaya! ¿Queda muy lejos?

SOCORRO:

Depende lo que ustedes consideren lejos. Aunque a todos los marineros que he conocido les parecen muy largos los viajes por tierra.

EUGENIO:

¿Ha conocido muchos?

SOCORRO:

Bueno, en realidad lo digo por mi padre.

EUGENIO:

¿Es marinero?

SOCORRO:

Era, ya murió.

EUGENIO:

Lo siento.

SOCORRO:

No importa.

LUPITA:

¿Y en qué barco vienen?

CUMBA:

En aquél. (*Señala un punto que se encuentra hacia el público*)

SOCORRO:

¿Cuál, el que tiene el cartel?

LUPITA:

¿Qué dice?

CUMBA:

“Gloria a México, la España antifascista os saluda”.

LUPITA:

Qué bonito letrero. Y muchas gracias. Nosotros también los saludamos. ¿Y de qué parte de España son los antifascistas?

Los marineros ríen.

SOCORRO:

De toda España, Luptita.

LUPITA:

¿De toda España? No entiendo.

SOCORRO:

El antifascismo es una posición política. Los comunistas, por ejemplo, son antifascistas.

LUPITA:

¡Ay bueno! ¿Qué importa, verdad? La cosa es que nos saludan. ¡Qué bonito y grande está el barco! (*Coqueta, inclinándose por Cumba*) ¿Y quién de ustedes es el capitán? (*Ríe*)

CUMBA:

¡Yo!

EUGENIO:

¡Hombre! ¿Qué dices?

CUMBA:

Que yo soy el capitán de mi propio destino.

Todos ríen.

EUGENIO:

Os vais a decepcionar.

LUPITA:

¿Por qué?

EUGENIO:

Yo soy un simple camarero.

CUMBA:

Y yo, un magnífico cabo, aspirante a contraemaestre.

LUPITA:

¡Qué bien se oye eso! Y eso es más que capitán.

EUGENIO:

Más que cabo, que ya es mucho pedir.

SOCORRO:

(Que no ha dejado de admirar el barco) Mar Cantábrico. Es un barco muy nuevo.

EUGENIO:

Fue fabricado hace apenas seis años en unos astilleros de Bilbao. He visto cómo lo construían.

SOCORRO:

¡Qué bien! *(De repente)* Me tengo que ir. Tuve mucho gusto en conocerlos. Debo encontrarme con unas personas.

LUPITA:

¿A dónde vas?

SOCORRO:

A los portales, a verme con unos camaradas.

CUMBA:

¿La podríamos acompañar?

SOCORRO:

(Duda) Pero ustedes querían ir a La Antigua.

EUGENIO:

Eso puede esperar, mujer. Por qué no mejor nos muestra sus dibujos.

LUPITA:

¡Uy, eso sí va a estar difícil! No se los enseña ni a su mejor amiga, que soy yo, ya parece que se los va a querer mostrar a ustedes, que apenititas conoce. *(De repente)* Ya sé, se me ocurre algo. Vamos con ella, así pasean y le echan un ojito al centro. Sirve que nos invitan un cafecito en La Parroquia. *(Comienza a salir)* ¿Ya conocen La Parroquia?

SOCORRO:

No seas encajosa.

CUMBA:

¿Qué es La Parroquia? ¿La iglesia?

LUPITA:

No, es una cafetería. ¡Vengan, vengan! No saben lo bueno que está el café ahí... Aquí entre nos... *(Continúa hablando mientras salen)*

EUGENIO:

No le para la sin hueso.

SOCORRO:

(Que no ha entendido) ¿Cómo?

EUGENIO:

La lengua, mujer, la lengua.

SOCORRO:

(Ríe) ¡Qué ingenioso!

Al tiempo que los personajes anteriores abandonan la escena, ingresan, por el lado opuesto, Manuel, Gallo, Ricardo y Lucía.

MANUEL:

¡Este lugar es otra cosa! ¡Sabía que algún día estaríamos aquí! ¿Qué te parece, Lucía?

LUCÍA:

De niña estuve en el mar de mi tierra, allá por Michoacán. Éste está muy diferente.

RICARDO:

Sí, y en Carnaval.

GALLO:

Aquí quedé de verme con el camarada Franco.

RICARDO:

¿Así se llama?

GALLO:

Alejandro Franco. No sé qué más.

MANUEL:

¿Dónde lo conociste?

GALLO:

En Saltillo, cuando la reunión aquella con la Liga Nacional Campesina.

MANUEL:

(Que desde hace algunos instantes se encuentra mirando hacia el público, un punto en particular) ¿Ya vieron ese barco? ¡Qué grande es! ¿Qué dice?

Los cuatro se acercan para poder leer mejor el letrero.

RICARDO:

(Leyendo) “Gloria a México, la España antifascista os saluda”.

GALLO:

Ese es el barco.

RICARDO:

No pensé que fuera tan grande. ¿Cómo se llama?

LUCÍA:

(Leyendo despacio, como quien apenas aprende a leer) Mar Cantábrico.

GALLO:

(Sorprendido) ¡Qué bien! Zavala te ha estado enseñando a leer. No han perdido el tiempo.

Lucía sonríe y se sonroja; mira cómplice a Manuel, éste le devuelve la sonrisa y la toma de la mano. Por el mismo lado donde salieron Socorro y sus acompañantes entra Alejandro, quien viene acompañado de otros dos hombres: José Otero y José Higareda.

GALLO:

¡Ese es Franco! ¡Franco, Franco, acá!

ALEJANDRO:

¡Gallo!

GALLO:

¡Camarada Franco!

Se abrazan.

GALLO:

Ricardo, Manuel, Lucía: él es Franco.

ALEJANDRO:

¡Qué amolada con mi nombre, igualito al del jefe facha español! Para ustedes siempre y en todo momento seré el camarada Alejandro.

Lo saludan.

MANUEL:

Como mi hermano.

ALEJANDRO:

Ah, vaya. (*Pausa breve. Y ahora en referencia a quienes vienen con él*) Gallo, camaradas, les presento al señor José Otero, delegado del gobierno republicano...

Todos lo saludan.

OTERO:

El gusto es nuestro. Os estamos muy agradecidos, a vosotros, a vuestro presidente y a vuestro pueblo.

ALEJANDRO:

Y el camarada Higareda, tripulante del Mar Cantábrico.

Lo saludan también.

GALLO:

Así que ése es el barco.

RICARDO:

Me lo suponía, por lo del cartel.

OTERO:

Nosotros hemos venido en éste. Aunque hay otro... (*A Alejandro*) ¿Cómo es que se llama el otro?

ALEJANDRO:

Motomar.

OTERO:

Por supuesto, y aunque ambos llevan armas y pertrechos para la República, el Motormar resulta ser bastante más pequeño. En el Cantábrico hemos logrado cargar hasta siete aviones que se han comprado en Nueva York.

RICARDO:

¿Y cómo cupieron?

HIGAREDA:

Claro que van desarmados.

RICARDO:

Vaya.

ALEJANDRO:

Nosotros iremos en el Cantábrico, si no se dispone otra cosa.

OTERO:

Eso será lo mejor. La oficialidad del Motomar está en entredicho.

MANUEL:

También viene de Estados Unidos, ¿no?

RICARDO:

¿También de Nueva York?

HIGAREDA:

Eso parece. Éste debió haber salido de aquí hace dos semanas.

MANUEL:

¿Y por qué sigue acá?

ALEJANDRO:

Cosas de la política. Al presidente Cárdenas no le conviene que se sepa que la ayuda la está enviando propiamente el gobierno mexicano.

MANUEL:

¿Entonces?

ALEJANDRO:

Sólo el Cantábrico trae misión expresa del gobierno republicano, el otro no. Y aunque los dos estén llevando ayuda para el mismo bando y ésta provenga, simuladamente o no, del gobierno de Cárdenas, sólo el que representa al gobierno español puede llevar ayuda del gobierno mexicano.

HIGAREDA:

Y mientras no se aclaren las cosas, ninguno de los dos barcos podrá zarpar.

GALLO:

Lo que ocurre es que a algunas facciones del PNR no les gusta que Cárdenas esté apoyando a un gobierno como el español, de corte comunista. Acuérdense de las persecuciones que se vivieron con Obregón y Calles.

MANUEL:

Lo vivimos en La Laguna.

RICARDO:

Lo peor es que no nos lo esperábamos y nos agarraron dormidos. A mi hermano le pasó una bala por aquí. (*Señala la parte superior de su oreja izquierda*)

OTERO:

¡Joder!

MANUEL:

(*Por Lucía*) Mejor ni hablar de eso.

RICARDO:
Pues tú empezaste.

ALEJANDRO:
¿Sabían que hay Carnaval?

RICARDO:
Sí, qué suerte.

MANUEL:
Veracruz y en Carnaval.

ALEJANDRO:
Yo es la cuarta vez que estoy aquí. El año pasado fui a Cuba por esta época.

RICARDO:
¿Sí?

MANUEL:
¿Es en esta calle por donde se desfila?

ALEJANDRO:
Son varias las calles.

LUCÍA:
¿Y seguro pasan por aquí?

ALEJANDRO:
Sí, ésta es de las principales, pero no aquí sino más adelante. Aunque en los portales se pone mejor.

GALLO:

(A Otero) ¿Cómo ve la situación en España, camarada Otero? ¿Cree que tengamos alguna oportunidad?

OTERO:

Desde luego. Esta guerra la vamos a ganar.

HIGAREDA:

Lo preocupante es la velocidad con la que los rebeldes han ido ganando terreno.

OTERO:

En Liverpool me he enterado, a modo de rumor, que Mussolini y Hitler han establecido un eje de ayuda para el bando rebelde.

HIGAREDA:

Y a pesar de eso: “No pasarán”.

OTERO:

No podemos permitir que tomen Madrid, ni Valencia.

HIGAREDA:

Por eso resulta vital la ayuda que presta Méjico.

OTERO:

Es el único país que se ha atrevido a respaldar nuestra causa. Vaya, ni los rusos han dicho: “Esta boca es mía”.

HIGAREDA:

Sólo Méjico.

OTERO:

Claro, porque lo que hemos cargado en New York ha sido comprado, no se piense que los americanos están con nosotros.

HIGAREDA:

Y vaya lío diplomático que se ha armado.

RICARDO:

¡Caray!

MANUEL:

Pues con nosotros podrán contar para lo que quieran.

HIGAREDA:

Lo primero, hacer llegar la carga a nuestra gente.

ALEJANDRO:

Que por lo que se ve, es muy valiosa.

OTERO:

No he hablado con Serafín.

HIGAREDA:

(Aclara) El capitán.

OTERO:

No sabe que serán reclutados. Me lo va a agradecer.

HIGAREDA:

Sí. No le gusta que ocupen a sus hombres para otras tareas que no sean las de la marinería.

OTERO:

¿Alguno de vosotros sabe tirar? Se necesitará gente encargada de la defensa del barco, por cualquier contingencia.

HIGAREDA:

Sobre todo porque a nuestro buque le falta la fuerza de un acorazado.

A lo largo de toda la conversación, Otero ha estado hurgando en sus bolsillos en busca de una tarjeta.

OTERO:

A propósito, ¿alguno de vosotros conoce este domicilio? Debo encontrarme con un representante de cierta importancia en vuestro gobierno.

ALEJANDRO:

(Busca en torno suyo, hasta ubicar un lugar que se encuentra tras ellos) Es en aquel edificio *(Señala)*. Ése de allí.

RICARDO:

Los acompañamos.

OTERO:

No hace falta.

Salen. Regresan sólo Socorro y Eugenio.

SOCORRO:

Mi papá me hablaba mucho de España. Decía que le gustaba el carácter de los andaluces: le recordaba Veracruz.

A lo lejos se escucha música de tambores y trompetas, además de los gritos y risas de la gente. El sonido del desfile se va acercando, hasta invadir la escena. Pasa delante de ellos. Socorro y Eugenio comienzan a bailar.

EUGENIO:

Y a todo esto, ¿cómo se llama?

SOCORRO:

¿Yo o mi padre?

EUGENIO:

Usted, por supuesto.

SOCORRO:

Me llamo Socorro. Socorro Barberena.

EUGENIO:

¿Socorro, me permitiría tutearla?

SOCORRO:

(Nerviosa) ¿Cómo?

EUGENIO:

¿Puedo hablarle de “tú” en vez de “usted”?

SOCORRO:

Sí, desde luego.

EUGENIO:

Socorro. Hasta tu nombre me gusta.

Socorro se sonroja.

EUGENIO:

El rojo te va, ¿sabías?

SOCORRO:

(Traga saliva) ¿Y tú, cómo te llamas?

EUGENIO:

(Se hinca y le besa la mano) Es el camarero Eugenio Llorens, que se pone a tus pies.

Socorro sonríe, enternecida.

EUGENIO:

Me fascinas, Socorro. Tu sonrisa es muy bonita.

SOCORRO:

También la tuya.

El desfile se va extinguiendo. Ellos marcan unos cuantos pasos más y luego se sientan.

EUGENIO:

Socorro, ¿sabías que mi país está en guerra? Y pienso que pasará mucho tiempo para que en España se vea un festejo como el que estoy viviendo.

SOCORRO:

No pienses así. Aquí hemos estado en guerra por casi veinte años y mira, casi nunca se ha suspendido un Carnaval.

EUGENIO:

La guerra en España es fratricida.

SOCORRO:

Como lo fue la Revolución Mexicana.

EUGENIO:

Pero allá la gente odia. A nosotros nos dicen rojos, herejes y hasta los mismos sacerdotes nos escupen la cara.

SOCORRO:

Esos son los peores. Se fanatizan; están locos.

EUGENIO:

Me gusta tu forma de pensar.

SOCORRO:

Mi papá quería ir a Rusia cuando se inició la Revolución, hace veinte años; fue el año en que nací.

EUGENIO:

¿Tienes veinte años?

SOCORRO:

Diecinueve, cumplo veinte en octubre. Siempre me dijo que yo era su Revolución Proletaria. Era un loco.

EUGENIO:

Socorro, eres muy joven. Yo podría ser tú padre.

SOCORRO:
No es cierto.

EUGENIO:
Por supuesto.

SOCORRO:
¿Y eso te importa?

EUGENIO:
¿No te importa a ti?

SOCORRO:
(*Resuelta*) No.

Silencio. Eugenio y Socorro se miran, se sonríen. Él le acaricia el rostro, ella se deja hacer. Él se acerca y la besa con ternura. Es un beso largo, intenso. Socorro se separa. Mira al suelo, mira al cielo. Ve a Eugenio de reojo. Luego sonríe.

SOCORRO:
A mi papá le gustaba tanto España. Le habría encantado conocerte e ir a tu guerra a luchar.

Eugenio:
(*Se levanta y la toma de las manos*) ¿Y a ti, Socorro? ¿Te gustaría ir?

SOCORRO:
(*Sorprendida*) ¿A mí?

EUGENIO:

Sí. ¿Te gustaría?

SOCORRO:

(*Emocionada*) No lo sé. No lo había pensado.

EUGENIO:

Yo puedo arreglarlo: puedo conseguir que vayas conmigo, con nosotros.

SOCORRO:

¿Contigo?

EUGENIO:

¿Te gustaría? Podrías estudiar dibujo cuando acabe la guerra. Viviríamos en Valencia. Allá también hay unos paisajes para pintar, que te mueres.

SOCORRO:

(*Confundidísima*) ¡No lo sé, no lo sé!

Música, ruido. Socorro y Eugenio se confunden entre la multitud, al tiempo que Manuel y Lucía regresan a escena, se besan con intensidad. Las mojigangas y comparsas se acercan y los envuelven.

LUCÍA:

Te perdí desde el día en que te conocí. Te he perdido tres veces. Te perdí en Justino. Te perdí al morir mi niño y me perdí en ti, en tus ojos, en tu risa, en tu piel. Ahora el mar y esa guerra te llevan lejos. Y mis brazos, mis pier-

nas, mis labios, mi espalda, mis ojos, lloran por perderte otra vez.

Música intensísima de tambores y trompetas. Manuel y Lucía se besan de nuevo.

MANUEL:

Lucía...

LUCÍA:

Manuel, quédate.

MANUEL:

No debiste haber venido. No debí haberte traído. Perdóname.

LUCÍA:

No nos prometimos nada.

MANUEL:

Sí, ese fue el trato.

LUCÍA:

Pero no quiero que te vayas. Hablamos sobre lo que dijo tu padre; él tiene razón. ¿A qué ir a pelear una guerra que no es de ustedes? ¿A morir por qué, por quién? ¿Por unos que ni conoces? ¿Por una tierra que no es la tuya? ¡No lo entiendo, Manuel! ¡No lo entiendo! (*Con rabia, entre dientes*)

MANUEL:

El mundo es la patria de todos. Para los hombres y los pueblos libres, no existen límites ni fronteras. Justino lo habría entendido.

LUCÍA:

¡No! ¡No hables de Justino! ¡Justino está muerto! ¡No lo mates otra vez!

Por un largo rato sólo se escucha la música de los timbres carnavalescos.

MANUEL:

Lucía, voy a volver.

LUCÍA:

Eso tú no lo sabes.

MANUEL:

Espérame.

LUCÍA:

Manuel, tócame, siénteme, mírame, porque mañana me habré ido, contigo o sin ti.

*Manuel no responde. Da la espalda a Lucía. Ella intempes-
tivamente lo abraza, lo besa y sale rápida. Manuel no la
mira más.*

Oscuro.

Fin del primer acto.

SEGUNDO ACTO

VI Altamar

Febrero 22 de 1937.

Acordeón y guitarras interpretan la marcha nupcial. Sobre la plataforma hay una mesa. Serafín Santamaría, capitán del barco, vistiendo traje de gala, se encuentra detrás de ésta junto con el telegrafista, que funge como secretario, redactando el acta; frente a ellos, ante la mesa, los novios: Socorro Barberena y Eugenio Llorens, tomados de la mano. Los rodean algunos miembros de la tripulación; destacan el cabo Cumba, quien se encuentra preparado, junto con los mexicanos, para festejar la boda, con un pequeño juego escénico.

EL CAPITÁN:

Buenas tardes, caballeros. (*A Socorro*) Señorita: “En el mar, siendo las trece horas del día veintidós de febrero de 1937, comparecen ante mí Eugenio Llorens Caballer, natural de Godella, provincia de Valencia, de treinta y ocho años de edad, soltero (...); y Socorro Barberena Palomino, natural de México, D.F., de diecinueve años de edad, soltera (...), quienes manifiestan desean contraer matrimonio”. Pero antes de continuar, es necesario, pues así lo indica el manual, haceros una pregunta: ¿Alguno de los aquí presentes sabéis o conocéis algún impedimento para que la dicha unión no se efectúe?

Nadie responde.

EL CAPITÁN:

Os repito la pregunta: ¿alguno de los aquí presentes...

HIGAREDA:

(Lo interrumpe) Pero, Serafín, ¿qué es este cachondeo?
¡Venga! ¡A casarlos!

Los demás:

¡A casarlos! ¡Cáselos!

EL CAPITÁN:

Calma, hombre. Sigo el manual.

RICARDO:

Pues ya no lo siga, que aquí es diferente.

MANUEL:

(A Ricardo) Impresionante, no llevamos ni una semana a bordo y tú ya hablas como español.

CUMBA:

Seguid, hombre, seguid.

EL CAPITÁN:

Está bien, está bien. No os molestéis. *(A Eugenio)* Señor Eugenio Llorens: ¿acepta usted por esposa a la señorita Socorro Barberena?

EUGENIO:
Sí, acepto.

EL CAPITÁN:
Señorita Socorro Barberena: ¿acepta usted por esposo al señor Eugenio Llorens?

SOCORRO:
Sí, acepto.

EL CAPITÁN:
Bien. (*Al secretario*) Lo has anotado, ¿no es así?

EL SECRETARIO:
Desde luego.

EL CAPITÁN:
“¿Estáis dispuestos a cumplir y soportar las obligaciones que conlleva el matrimonio, como esposos y familia?”.

Los novios:
Sí.

EL CAPITÁN:
“En vista de lo manifestado y en virtud del derecho que la Ley me confiere, quedáis unidos en lazo matrimonial, debiendo teneros por esposos para todos, a efectos de la Ley (...)” (*A los novios*) Podéis besaros.

Eugenio y Socorro se besan. De nuevo la marcha nupcial. Todos aplauden, gritan y lanzan arroz. Los cocineros reparten

brandy y cervezas para brindar, así como galletas para acompañar la bebida. Algunos se acercan a abrazar a los novios y felicitarlos. José Otero hace sonar su copa o vaso para pedir atención y hacer un brindis.

OTERO:

Gracias. (*Carraspea*) Brindo por los novios, para que seáis muy felices comiendo siempre perdices, como se dice en los cuentos. Pero también brindo por Méjico... El país de la novia... (*El discurso se ve interrumpido por aplausos y vítores de toda la concurrencia*) Méjico, esa tierra tan querida, merecedora de todos los honores y homenajes por la ayuda desinteresada que ha prestado a la República. (*Más aplausos*) Ante vosotros, los mejicanos que estáis a bordo, y quienes hacéis propia la lucha del pueblo español, os digo: cuando el fascismo sea vencido, que será más pronto que tarde, yo en persona propondré la erección de un monumento al pueblo mejicano, por su solidaridad y generosidad.

Todos:

¡Viva México! ¡Vivan los novios! ¡Viva la República!

MANUEL:

(*Cantando*) ¡Arriba, parias de la tierra! ¡En pie, famélica legión!

Manuel y los demás mexicanos han comenzado a cantar la "Internacional", los músicos y todos los demás los siguen.

¡Arriba, parias de la tierra!

¡En pie, famélica legión!

Atrúena la razón en marcha:

Es el fin de la opresión.
Del pasado hay que hacer añicos.
¡Legión esclava en pie a vencer!
El mundo va a cambiar de base.
Los nada de hoy todo han de ser.
Agrupémonos todos,
en la lucha final.
El género humano
es la internacional.
(*Se repiten los dos últimos versos*)

Los novios bailan y brindan al ritmo de la canción, que también interpretan. Al finalizar ésta, todos festejan con un aplauso, que el cabo Cumba interrumpe.

CUMBA:

¿Alguno de vosotros sabéis cuál es el nombre de la agrupación musical recién formada para la ocasión?

ALEJANDRO:

¡Relámpago!

GOLDEN:

¿Qué ser relámpago?

SOCORRO:

¡Thunder!

EUGENIO:

¿Hablas inglés?

SOCORRO:

Sí.

RICARDO:

¡La novia habla inglés!

CUMBA:

¿Y sabéis por qué se llama así?

MANUEL:

Porque se han formado como de relámpago.

CUMBA:

Pues no.

SOCORRO:

¿Entonces?

CUMBA:

Porque tocan que da miedo.

Algunos ríen. Los músicos lo abuchean. Los novios se besan. Cumba improvisa un divertimento cómico junto con los músicos. Algunos de los tripulantes se dispersan por la plataforma.

MARINERO 1:

(Tiene acento italiano) Si esta moza fuese mi hija...

MARINERO 2:

(Lo interrumpe) A Dios gracias que no lo es...

MARINERO 1:

Como que me llamo Felipe, que ella aquí no estuviese.

MARINERO 2:

Lo mismo digo. Porque, vamos a ver, este festejo ni es matrimonio ni es nada.

MARINERO 1:

Es que éste es muy vivo, además de muy mayor para ella.

MARINERO 2:

Ir a la guerra, navegar y casar, no se han de aconsejar.

MARINERO 1:

Mira que si ella fuese mi mujer, en Santander la olvidaba.

MARINERO 2:

Pero yo antes la tentaba.

Manuel y Ricardo, que desde un lugar oscuro para los marineros los han estado escuchando, se acercan.

MANUEL:

¿Ah, sí? ¿Y por qué?

MARINERO 2:

¿De qué vais, camaradas?

MANUEL:

No de lo mismo que ustedes. Que no tienen hermanas, mujeres o hijas, y al parecer tampoco madre, porque si las tuvieran no hablarían así.

MARINERO 1:

No entiendo messicano.

MANUEL:

¿Y cómo vas a entender? Si a duras penas tienes un dedo de frente. ¡Carajo!

Pausa. Manuel los mira y ellos a él.

RICARDO:

Manuel, vámonos para allá.

MANUEL:

Primero aclaramos esto.

RICARDO:

Luego.

MANUEL:

Luego nada. Espérate. *(A los marineros)* Puedo entender que duden de la boda civil y en un barco, pero no me cabe en la cabeza que puedan hablar así de las mujeres.

RICARDO:

(Jala a Manuel) Mira, Manuel, nos llama Gallo... Vamos a ver qué quiere...

MANUEL:

Espérate, carajo. (*A Gallo, que se encuentra al otro extremo*)
¡Espérate, Carlos! (*A los marineros*) ¿O qué, no es digna de
ustedes por ser messicana? ¿Es por eso y porque se casó en
una boda civil que la van a despreciar?

MARINERO 1:

Vamos, Manuel, no te pongas así.

MARINERO 2:

Era cachondeo.

*Manuel, molesto, ya no responde, sólo mira con intensidad
a los marineros. Gallo se acerca a donde se encuentran sus
compañeros.*

GALLO:

(*Siente la tensión*) ¿Qué pasa?

RICARDO:

Nada, hombre, nada.

GALLO:

Vengan, vamos a cantar una de esas canciones que nos
aprendimos allá en La Laguna.

Los tres compañeros salen.

MARINERO 2:

Estos, unos pajecitos de escoba.

MARINERO 1:

Y ella, corriente y moliente.

A lo lejos se escuchan los ecos de la fiesta. La luz baja de intensidad.

VII

El buque rojo

Marzo de 1937, altamar.

La tripulación se encuentra repartida en la plataforma, en las escaleras, o debajo de ésta. Unos limpian, otros pintan y otros practican su puntería con el cabo Cumba. Podría realizarse en principio algún juego escénico en el que todos los personajes participaran de las tres tareas.

OTERO:

El trucaje del barco abarca el puente y la toldilla. Habrá que cambiarle el nombre también. Sugerencias, Serafín.

EL CAPITÁN:

Debe parecer un mercante inglés. Yo he visto uno en Liverpool muy parecido a éste. ¿Cómo es que se llamaba?

CUMBA:

(Que se encuentra con un ojo al gato y otro al garabato. Su pronunciación es fatal) Niu Castel. Adda, Niu Castel.

EL CAPITÁN:

Eso.

OTERO:

Habrá aquí alguien que sepa cómo se escribe.

EL CAPITAN:
Seguro el americano.

CUMBA:
O la mujer de Llorens.

OTERO:
Traed a cualquiera de ellos.

CUMBA:
(Grita hacia donde se encuentra Golden) Martin, Socorro,
vamos chicos... señora que aquí os buscan.

MARTIN:
Coming!

*Golden y Socorro bajan de donde se encuentran o suben,
según sea el caso.*

CUMBA:
Decidles lo que queráis. *(A Golden y Socorro)* Lissen.

OTERO:
¿Cómo escribís Adda Niu Castle?

SOCORRO:
¿Para qué?

OTERO:
Es el nombre que se usará para disfrazar al barco.

GOLDEN:

What?

SOCORRO:

Is the new name for the ship.

GOLDEN:

Oh! It's easy.

Otero les acerca pluma y papel. Golden lo escribe.

OTERO:

Gracias.

CUMBA:

Tenqui.

Golden se va.

SOCORRO:

Perdonen, y ¿quién lo va a pintar?

OTERO:

Aún no lo sabemos.

SOCORRO:

Yo lo podría hacer.

EL CAPITÁN:

De ninguna manera. No quiero ni pensar en lo que le pueda ocurrir.

SOCORRO:

Nada, no sería la primera vez que pintara uno. Manuel o Ricardo me podrían ayudar.

CUMBA:

¿Qué Manuel y qué Ricardo, pues qué tu marido no se llama Eugenio?

SOCORRO:

(Molesta) Lo digo porque Manuel y Ricardo estudiaron pintura en México. Pero ultimadamente, que les ayude su abuela. Ya estoy harta de sus habladurías.

EL CAPITÁN:

(Sin entender) ¿Cómo?

SOCORRO:

Mire, no lo digo por usted, pero sí por muchos de sus marineritos, que desde que subí a este barco no han parado de echarme habladuras, o cotilleos, como dicen ustedes: que qué vine a hacer aquí; que qué ligerita y no de carnes; que si me casé con mi abuelito y le salí rana; que a la mujer y al viento con mucho tiento; que si soy una troza y les voy a traer la ruina; que si usted es un pelma por dejarme subir. Y no sé qué tantas cosas más. La verdad, ya me tienen hasta la coronilla.

EL CAPITÁN:

No lo tome tan a pecho, mujer.

SOCORRO:

Lo que si les digo es que conmigo o sin mí a bordo, no podrán ganar ésta, ni ninguna guerra, mientras piensen que las mujeres, por el solo hecho de serlo, somos y merecemos menos que ustedes, y que debemos estar a su merced y disposición.

Con el discurso de Socorro se reúne un nutrido grupo de hombres; cuando ella concluye, algunos, apenados, bajan la cabeza.

CUMBA:

(Apenado) Espere, Socorro.

SOCORRO:

Con usted, ni una palabra, señor Cumba.

MANUEL:

No seas severa, está arrepentido.

OTERO:

No te enfades, niña, que tienes razón.

EL CAPITÁN:

(A Eugenio, que apenas se ha acercado) Llorens, ven aquí.

EUGENIO:

¿Qué pasa?

EL CAPITÁN:

(Por lo bajito) Dice tu parienta que ella le cambia el nombre al barco. ¡Menudo lío!

EUGENIO:
Muy bien.

EL CAPITÁN:
Muy bien, ¿qué?

EUGENIO:
Que sí, que ella lo puede hacer.

EL CAPITÁN:
Sola.

EUGENIO:
Sola o conmigo, qué más da hombre, ella puede.

EL CAPITÁN:
Está bien, no se discuta más. Pintadlo vosotros.

Serafín indicará a Eugenio y Socorro cómo debe ir pintado el letrero. En otra zona del escenario Cumba muestra a Manuel, Ricardo y Gallo cómo han de empuñar el arma. Otero se acerca a ellos, junto con Alejandro Franco.

OTERO:
Como lo hemos hablado en Veracruz, vosotros os haréis cargo de la defensa del barco en caso de que éste sea atacado. ¿Tenéis alguna experiencia con las armas?

MANUEL:
Pues...

RICARDO:

Yo, la verdad, no.

GALLO:

Yo, alguna.

ALEJANDRO:

No se preocupen, tenemos tiempo de sobra para practicar.

EL CAPITÁN:

En fin. Eso no importa. Vosotros tendréis que encargáros. Los demás están ocupados en el trabajo de siempre.

OTERO:

Así es, Cumba os enseñará lo más elemental. Sé que Golden, como buen americano, tendrá alguna experiencia.

GOLDEN:

(Llegando) Of course.

CUMBA:

A practicar.

ALEJANDRO:

Sí, a practicar.

GOLDEN:

OK. *(A sus compañeros, mostrando un arma)* Vosotros ver, *this side... Yes, like this...* No ser difícil...

Los extranjeros practican tiro. Otero y Serafín cambian su ubicación dentro del escenario. Oscurece lentamente, quedando en penumbra.

SOCORRO:

Lunes 8 de marzo, 1937. Una cuarenta de la tarde. Mar de Santander.

Silencio.

Telegrafista:

(A Serafín, agitado) Mi capitán, nos han avistado. Ha llegado un mensaje suyo. Nos ordenan detenernos.

EL CAPITÁN:

No lo podemos hacer.

OTERO:

No lo debemos hacer.

Un maquinista:

Ese barco es mucho más veloz que el nuestro.

Silencio. Un disparo de salva surge del Canarias.

CUMBA:

Icemos la bandera inglesa que se tiene preparada.

EL CAPITÁN:

¿Los podremos engañar?

OTERO:

Eso espero. ¡Traed al americano! Él podrá engañarlos. ¡Subid el megáfono!

CUMBA:

Está en la bodega, junto con los demás. Intentan sacar el armamento.

OTERO:

¡Qué cojones tienen! ¡Aquí es donde debían estar!

CUMBA:

Pero no sin armamento.

EL CAPITÁN:

¡Qué no te enteras! Éste es un mercante, no un buque de guerra.

OTERO:

El que no se entera es usted. Este es un mercante que se debe defender.

Desde El Canarias grita un marinero:

Tripulantes del Mar Cantábrico, os queda prohibido enviar mensajes de socorro por cualquier medio y a cualquier instancia marítima.

En el Cantábrico, Golden llega veloz al cuarto de máquinas donde se hallan los demás:

GOLDEN:
Here I am!

OTERO:
¡Por fin!

CUMBA:
Coge el megáfono. ¿Qué debe decir?

OTERO:
Que diga que éste es un barco inglés, lo que sea, pero que hable ya.

GOLDEN:
This is the Adda New Castel captain's speaking. You are in a terrible mistake. You are attacking a British ship. We've already ask for help. You must withdraw.

De El Canarias proviene un disparo más, ahora éste no es de salva.

EL CAPITÁN:
¿Qué ha sido eso?

CUMBA:
¡Un cañonazo! ¡Me cago en la mar salada!

OTERO:
(*Desesperado*) ¡Joder! ¿Qué hacen nuestros hombres que no atacan?

Alejandro, Manuel, Ricardo y Gallo vienen de la bodega de donde trataban de obtener más armamento.

EL CAPITÁN:

Este barco es un mercante, no un crucero. Con las armas que traemos sólo podríamos resistir un combate cuerpo a cuerpo. ¡Menudo lío!

ALEJANDRO:

Y ni eso. Muchas de las cajas no se pueden abrir.

MANUEL:

O están las armas y en otro lado las municiones.

RICARDO:

¿Oyeron el cañonazo? *(Sin esperar que le respondan)* Alcanzó un bote que se encuentra en cubierta.

OTERO:

Estamos perdidos. *(Yendo hacia la parte inferior de la embarcación)*

EL CAPITÁN:

Hombre, pero ¿a dónde va usted?

OTERO:

¡Vosotros todos, ayudadme! ¡Regresad a la bodega! ¡Sacad las armas! Vuelvo enseguida. ¡Que no me siga nadie! ¡No permita que me siga nadie, hostia!

A pesar de sus palabras, Alejandro lo sigue. Discuten, Alejandro lo detiene. Otero, delirante, se zafa. Alejandro va en busca del capitán. Otero se establece en una zona del escenario. De entre sus ropas y de una caja de metal extrae papeles, muchos papeles que acomodará y aventará una y otra vez, hasta que lentamente logrará encontrar un orden y colocarlos en la caja de metal, para prenderles fuego. Coloca una silla frente a la hoguera y observa paciente cómo ésta se va extinguiendo. Mientras en otra zona del escenario Eugenio y Socorro se encuentran.

EUGENIO:

Socorro, no quiero morir.

SOCORRO:

No vas a morir.

EUGENIO:

(Ahogadamente) Tengo miedo.

SOCORRO:

Ven.

Socorro y Eugenio se refugian en otra zona del escenario; se desnudan, se tocan, se besan, se devoran con los sentidos. Sus acciones son frenéticas, aunque al mismo tiempo acompasadas, gentiles y suaves. Como quien sabe que después de ello todo se ha de extinguir.

Higareda corre en la bodega, intenta desesperado quemar las armas.

HIGAREDA:

(A un grupo de hombres que le rodea) ¡Ayudadme! ¡No os dais cuenta, estos fachas no pueden tener nuestras armas! ¡Las armas son para la República! ¡Para nadie más! ¡Me cago en Dios, ayudadme!

MANUEL:

¡Ricardo, Gallo, tenemos que sacar esa caja!

HIGAREDA:

¡Buscad los explosivos! ¡Haremos volar el barco y a nosotros con él!

MANUEL:

Si los sacamos, tal vez podríamos lanzarlos para ganar tiempo.

GALLO:

¡Imposible, han comenzado a abordar!

RICARDO:

Manuel, detente. Nunca van a terminar.

HIGAREDA:

¡Es que no os enteráis! ¡No sabéis de lo que son capaces aquellos tíos! ¡Yo termino! ¡Aunque me vaya la vida en ello!

MANUEL:

¡Gallo, ayúdame, ya casi logro sacarla!

GALLO:

¡No, Manuel! ¡Es una locura!

RICARDO:

¡Tenemos que salir de aquí!

MANUEL:

¡Pero si a esto venimos, carajo! ¡A jugarnos la vida!

GALLO:

¡Entiende, ellos llevan las de ganar!

MANUEL:

¡No digas eso! ¡No puedes estar diciendo eso!

GALLO:

¡Podríamos escapar! ¡Alcanzar la tierra de alguna manera!

¡Aquí ya no servimos de nada!

RICARDO:

¡Manuel, podemos irnos en un bote! ¡Y acercarnos a un barco extranjero!

MANUEL:

¡No!

Higareda logra encender una montaña de explosivos y municiones. El resto de los tripulantes empieza a correr. Suben y bajan por cuerdas, escaleras o mástiles. Se tropiezan, se levantan, se esconden. La escena alcanza un punto climático en el que coincidirán todas las acciones: Otero se pega un tiro en la sien; un marinero se lanza al mar; Eugenio y Socorro gritan extasiados; la bodega explota con Higareda en su interior; momentos antes Gallo y Ricardo logran sacar a

Manuel de allí; el resto de los personajes se congelan y caen de golpe, secamente. Silencio.

Desde El Canarias:

Marinero:

No cabe duda: Dios está con nosotros. ¡Decidles que manden un bote!

Otro marinero por megáfono:

¡Cantábrico! ¡Enviad un bote, si no queréis veros en un mayor peligro!

En el Cantábrico:

EL CAPITÁN:

(Con el megáfono) ¡Todos a los botes! ¿Me oís? ¡Subid a los botes!

ALEJANDRO:

No, debe haber algo que podamos hacer.

EL CAPITÁN:

¡Esto se ha acabado! Hemos resistido más de siete horas, es demasiado. No tardan en tomar el barco, nuestro barco. Vete, mejicano, vete. Quien sepa nadar, nade. Tal vez alcance una nave extranjera.

Los actores uno a uno comienzan a descender de la plataforma. Abordan resignados el buque Canarias.

VIII

Socorro y Esther

*El Ferrol, Galicia, Hospital de la Marina, mayo de 1937.
Un hospital-prisión en Galicia durante la guerra civil
española.*

La plataforma podrá estar casi a nivel de piso; al extremo de ésta, dos camas. En una de ellas se encontrará Esther Casares: el camisón típico de hospital; la mirada ausente y nostálgica; de vez en cuando tose, sus expectoraciones parecieran más el resultado de un asunto emocional que de una enfermedad. Delante o a un costado de la plataforma, doctores y enfermeras rodean una mesa de operaciones; en torno a ésta, enfermos en camillas o sillas. Entra Socorro Barberena, viste una falda sencilla, blusa y un suéter; en un atadito lleva todas sus pertenencias. De la mesa rodeada de personas, se escuchan los alaridos de un joven que se encuentra atado a ésta: algunos tratan de calmarlo. Hay mucha sangre, uno de los doctores voltea hacia Socorro al notar su presencia.

DOCTOR 1:

¿Qué hace esta mujer aquí?

Socorro camina hacia la derecha sin saber qué decir.

ENFERMERA 1:

¡Fuera, fuera! ¡No tenemos anestesia, y este chico se nos muere!

DOCTOR 2:

¡Fuera! ¡Se le está amputando una pierna!

DOCTOR 1:

¡Echen a ésa!

La enfermera se acerca a Socorro, quien se encuentra inmóvil, paralizada por el horror, la toma por los hombros y la hace a un lado, conduciéndola a la salida.

ENFERMERA 1:

No tenemos anestesia, es un caso grave.

SOCORRO:

Me dijeron que entrara acá.

ENFERMERA 1:

No puede ser. Nada. ¡Fuera!

Entra un soldado.

Soldado:

¿Qué haces aquí?

ENFERMERA 1:

¡Sólo estorba!

DOCTOR 1:

¡Enfermera, venga! ¡Deje a éstos!

DOCTOR 2:

¡Se ha pasmado! (*A la enfermera*) Sostenga aquí.

Soldado:

(*A la enfermera*) ¿Dónde puedo ponerla?

ENFERMERA 1:

¿Qué pasa? No entiendo.

Soldado:

Es la mejicana que venía en el Cantábrico.

ENFERMERA 1:

Haberlo dicho antes. Subidla con la Cásares, que se entreten-
gan el par de rojas.

El soldado la avienta con cierta violencia hacia la plataforma.

Soldado:

Nombre.

SOCORRO:

Socorro Barberena Palomino.

Soldado:

Edad.

SOCORRO:
Diecinueve años.

Soldado:
Nacionalidad.

SOCORRO:
Mexicana.

Soldado:
Tened cuidado y os pongáis a conspirar. Aún se puede pedir la prisión perpetua, o quién sabe, tal vez hasta la pena capital. A aquélla no la matamos: vale más viva que muerta; en cuanto a ti: roja y mexicana, para mí que no vales ni un duro. ¡Hala! (*La avienta una vez más*)

Socorro entra, una puerta se cierra tras ella. Tirita.

ESTHER:
Buenos días.

SOCORRO:
Buenos días.

Socorro revisa el lugar, se detiene y mira a través de la única ventana que hay en la habitación. Esther tose, lo hace con tal intensidad que Socorro se acerca buscando auxiliarla.

SOCORRO:
¡Enfermera!

Esther hace señas de que no lo haga. Socorro se siente aturrida, sin saber qué hacer. La tos va cediendo; Esther bebe de una taza que se encuentra en la mesita, a un lado de la cama. Silencio largo.

ESTHER:
Gracias.

SOCORRO:
¿De qué? No hice nada.

ESTHER:
(Después de una pausa) ¿Así que eres mejicana?

SOCORRO:
Sí.

ESTHER:
¿Qué haces aquí?

SOCORRO:
Venía en el barco que asaltaron en marzo. En el Cantábrico.

ESTHER:
Entonces es cierto lo que ha dicho el que te ha traído.

SOCORRO:
Sí; estoy esperando mi repatriación.

ESTHER:
Como todos. *(Tose de nuevo)*

Socorro sirve agua en la taza de la que antes bebiera Esther; se la acerca a ésta para que beba.

ESTHER:

Esta tos que no me deja estar. Ninguna medicina ayuda.

SOCORRO:

Aquí hace mucho frío.

ESTHER:

No tanto. O será que me he acostumbrado. ¿Qué hacías en el barco?

SOCORRO:

A estas alturas ya no lo sé. Todo fue tan rápido.

ESTHER:

¿A qué te refieres?

SOCORRO:

Me subí a ese barco siguiendo a un hombre que a veces pienso que no existió. *(De su atadito extrae algunos objetos pequeños, de entre ellos un retrato a lápiz y una foto, muestra ambos a Esther)*

ESTHER:

¿Es él?

SOCORRO:

Sí.

ESTHER:

¡Qué majo! ¿Quién lo ha retratado?

SOCORRO:

Yo.

ESTHER:

Sí que eres buena con el lápiz.

SOCORRO:

No tanto.

ESTHER:

¿Y qué ha pasado con él? ¿Lo condenaron?

SOCORRO:

No lo sé. Nos separaron después de la captura. *(Pausa, cavilando)* No sé para qué me hago la tonta.

Esther devuelve la foto y el retrato. Socorro las coloca en el buró junto a su cama.

SOCORRO:

Lo fusilarán. *(Pausa)* Y aunque le dieran perpetua, sé que no lo volveré a ver.

Silencio. Entra una enfermera, trae una bandeja con medicinas.

ENFERMERA 2:

(A Esther, al tiempo que le suministra unas pastillas) ¿Y el jarabe que le he dejado?

ESTHER:

Se ha terminado. *(De un hueco que se encuentra bajo el colchón saca un frasco de vidrio para jarabe)* Aquí tiene la botella.

ENFERMERA 2:

Debía durarle cinco días.

ESTHER:

Eso no bastaba ni para día y medio.

ENFERMERA 2:

Lo habrá bebido como agua.

ESTHER:

¡Qué va, mujer! Si me ha dejado muy poco. ¿Cree poder traerme otro?

ENFERMERA 2:

¿Qué sé yo? Las medicinas escasean, como todo lo demás.

ESTHER:

Haga lo posible, es lo único que calma esta tos.

ENFERMERA 2:

No piense que por ser hija de quien es va a recibir trato de princesa.

ESTHER:

De eso nada; muy por el contrario. Por ser hija de quien soy recibo lo que recibo y se me ha puesto donde estoy.

SOCORRO:

El barco en el que llegué traía un cargamento grande de medicinas que podrían aprovecharse.

ENFERMERA 2:

(*Irónica*) ¡Pero si ha hablado la mejicana del Cantábrico! ¿Y qué, en tu país todas sois igual de frescas?

Socorro y Esther se miran sin haber comprendido.

SOCORRO:

¿Cómo?

ENFERMERA 2:

¡Lo avergonzada que estaría yo!

SOCORRO:

¿Qué? No la entiendo.

ENFERMERA 2:

Desde luego que hay que tener muy poca cara para hacer de malmandada.

ESTHER:

Ya la veía yo venir. Diga, ¿cuál es el problema? ¿De qué la acusa? (*A Socorro*) ¡Anda, mujer, que yo tampoco la entiendo!

ENFERMERA 2:

(*A Esther*) ¡Esas impudicias, ni tú ni yo, eh! ¿Y sabes por qué?

Socorro y Esther la miran, contenidas.

ENFERMERA 2:

Porque tú y yo somos gallegas. Mira que viajar en un barco con tantos hombres sin Dios ni patria. (*A Socorro*) Y claro, estarás acostumbrada. Lo que no se verá en América, con todos esos rojos que habrá allá.

ESTHER:

¡No más de los que hay aquí! ¡Hala, si no va a ayudar entonces haga el favor de salir...!

SOCORRO:

(*A Esther*) Espérate, manita. (*A la enfermera*) Oiga, ¿qué come que adivina? Fíjese que de todos esos “hombres sin Dios, ni patria”, como usted les dice, yo por lo menos con la mitad tuve mis queveres y quererres. Luego me casé con el que mejor sabía batir el chocolate. ¿Cómo le quedó el ojo? ¿Y usted? Que se me hace que no hay ni quien le eche un lazo (como dicen en mi tierra), o le gusta hacerse la mosquita muerta y habla de puritito ardor.

ENFERMERA 2:

¡Pero qué desvergonzada!

El discurso de Socorro provoca que Esther ría, estimulando que tosa con cierta intensidad.

ENFERMERA 2:

¡Imbécil! ¡Mira nada más lo que has hecho!

Socorro no responde, sólo la mira, enérgica. Ambas acuden a ayudar a Esther; el ataque de tos no cede.

ENFERMERA 2:

(*A Esther*) Anda, hija, si no deberías estar aquí. ¡Uyy, y con este frío! Voy a por una camilla y un camillero. (*A Socorro*) Mejicana, no la dejes acostar, y cúbrete o te contagiará.

La enfermera sale. La tos empieza a ceder. Silencio largo.

ESTHER:

Mira cómo me has hecho reír. (*Se limpia con un pañuelo*)

SOCORRO:

(*Apenada*) Discúlpame, por favor. No pensé qué...

ESTHER:

No es una mala mujer, sólo que no mira hacia donde lo hacemos nosotras. (*Recordando lo dicho por Socorro*) “Batir el chocolate”. Eso sí que lo recordaré si algún día salgo de aquí y voy a Méjico. (*Sorbe de su vasito de agua*)

SOCORRO:

Descansa. No hables. Te va a hacer daño.

Esther se recuesta en su cama. Socorro acomoda algunas cosas que extrae de su atadito.

ESTHER:

(*Despacio*) Y a todo esto, ¿cuál es tu nombre, mujer?

SOCORRO:

Socorro. ¿Y tú?

ESTHER:

Soy Esther Cásares. (*Tose*)

Mutación. Transcurrir de horas, días. Socorro dibuja asomada a la ventanita que hay en la habitación que comparte con Esther. Esta última dormita. Del exterior provienen los ruidos caóticos que se oyen en un hospital, y más cuando éste se encuentra en un país en guerra. Esther abre los ojos, con la mirada busca inquieta la presencia de Socorro; se tranquiliza. Los vuelve a cerrar.

ESTHER:

Soy una tonta. Me da miedo pensar. Sé que un día despertaré y tú no estarás aquí.

SOCORRO:

(*Sonríe*) Sí, o quizá suceda al revés.

ESTHER:

No, de eso nada. (*Pausa*) ¿Qué haces?

Socorro muestra lo que ha dibujado.

ESTHER:

¿Piensas mucho en él, verdad?

SOCORRO:

Todo el tiempo, intensamente. Pareciera que esto no va a terminar nunca.

Silencio.

ESTHER:

Yo no pierdo las esperanzas. Sé que volveré a ver a mi niña, a Enrique, a papá, a María... Debo pensar en ello, debo creer en ello. (*Pausa*) Aunque te confieso que a veces siento que voy a morir. Y pienso que, si eso ocurre, no volveré a verlos.

SOCORRO:

Algún día saldrás de aquí, de eso estoy segura.

ESTHER:

Sí, con los pies por delante.

SOCORRO:

No pienses eso. Esta guerra terminará algún día y tú saldrás gane quien gane.

ESTHER:

Gane quien gane no. Porque si gana Franco, me usarán para buscar a mi padre, como lo han hecho hasta ahora.

SOCORRO:

(*Un tanto confundida*). ¿Cómo?

ESTHER:

He esperado mucho tiempo. No me he atrevido a decirte del todo la razón por la que me tienen aquí. No creas que no me fio de ti, muy por el contrario. Temía que el contártelo fuera la señal de tu partida. Ideas mías. La verdad es que no quiero que te marches. Te he contado de Esther, mi hija, que se encuentra con mis suegros que son de la Falange y de los problemas que hemos tenido, pues nosotros estamos con

la República. Incluso mi marido trabajaba para el gobierno, antes de esto. Tal vez pienses que todo lo que te he contado no sea razón, no sea motivo suficiente para encerrarme en este lugar, y tendrías razón. (*Tose, carraspea un poco, llora y se limpia con un pañuelo*) No te he hablado de mi padre. Él era el presidente del Consejo de Ministros del Gobierno Republicano. Poca cosa, ¿no? Me han alejado de todos por él. Estos imbéciles piensan que sé dónde están él y los ministros del gobierno, además del presidente Azaña. Estoy segura de que la enfermera o el camillero que me han traído saben más de eso que yo. Y la verdad es que no puedo más. Primero me han quitado a la niña; me han dicho que la diese por perdida. Sé que ella está bien, está con sus abuelos. (*Traga saliva, prosigue con dificultad*) Pienso que algún día, si no muero, dejarán que la vea. De Enrique no sé nada, puede que esté con mi padre, siempre ha trabajado para él o tal vez esté muerto. (*Llora*) No lo sé, no quiero ni pensarlo. Y mi padre... (*Tose*) Si he de morir, que sea donde esté él. ¡Socorro, debes ayudarme! ¡Tienes que ayudarme!

SOCORRO:

Está bien, pero cálmate. Te vas a hacer daño.

ESTHER:

No, escúchame: al llegar a Méjico, busca al cónsul o al embajador republicano, dile que venías en El Cantábrico; dile que me has visto, que solicite un canje con uno de los prisioneros de los rebeldes, o que encuentre la forma de sacarme de aquí. Ellos sólo me quieren para chantajear a mi padre, y yo no sé donde está él, ni nadie. ¡Socorro, tienes que ayudarme! (*Se recuesta, exhausta, estalla en un llanto ahogado*)

Socorro se sienta junto a Esther; acaricia con ternura el cabello de esta última. La enfermera entra y observa curiosa a las dos mujeres.

ENFERMERA 2:

¿Qué pasa aquí? (*A Socorro*) Quita, mujer. Esther, ¿estás bien?

Esther no responde, comienza a toser con intensidad.

ENFERMERA 2:

Mejicana, ¿qué le has hecho?

Esther intenta responderle. Se levanta sin dejar de toser.

ESTHER:

(*Apenas*) ¡Déjala!

ENFERMERA 2:

¡Calma, mujer!

Tose y escupe sangre. Socorro corre a ayudarla. La enfermera sale. Esther desfallece. Socorro trata de levantarla.

ENFERMERA 2:

¡Una camilla! ¡Traed una camilla!

Socorro la lleva a la cama con dificultad.

SOCORRO:

Tú no te puedes morir. Tú no te vas a morir. Tú no, Esther, tú no. (*La abraza conteniendo el llanto*)

Entra la enfermera con un camillero.

El camillero:

¡A un lado, mujer!

El camillero y la enfermera colocan a Esther en una camilla y salen. Socorro los mira alejarse.

IX La prisión

Abril de 1937.

El espacio para la prisión mostrará sólo dos celdas, divididas por un muro. Éstas podrían ubicarse en la parte inferior de la plataforma, y los prisioneros estar encerrados incluso desde el principio de la escena anterior (IX), y llegar a este espacio como conclusión de la escena VIII. En la celda derecha se encuentran Gallo y Manuel, en la izquierda Alejandro, inconsciente.

MANUEL:

¿Qué pasaría con Ricardo, Alejandro y Golden?

GALLO:

No sé. Cuando Alejandro gritó, le pegaron. No alcancé a ver más.

MANUEL:

Golden logró zafarse. Y empujó a Ricardo.

GALLO:

Todo fue muy rápido. No deben estar lejos.

Silencio. Manuel tararea, después de unos segundos calla.

MANUEL:

¡Carajo! (*Pausa*) Me quiero acordar de una de esas cancioncillas de La Laguna y no puedo.

GALLO:

A mí me pasa lo mismo. Me quiero acordar de una canción que cantaba mi papá cuando era yo niño.

MANUEL:

No tuve la facilidad que tuvieron mis hermanas para la música. Ellas luego luego se hubieran acordado de la tonada.

Silencio. Se escuchan los ecos provenientes de las crujías contiguas.

GALLO:

Sabías que mi papá era poeta.

MANUEL:

No.

GALLO:

No lo hacía mal. Con disciplina se pudo haber dedicado a eso. Y ese maldito trabajo. ¡Chihuahua! Nunca se quiso sindicalizar. El imbécil de mi tío el cura le dijo que si lo hacía no iba a alcanzar la gloria eterna. Y ahí está mi papá haciéndole caso. Se lo llevó con la cristiada y ahí fue que lo mataron.

Silencio.

MANUEL:

Mis papás llegaron a organizar misas clandestinas.

GALLO:

¿Y cómo le hacían pa que no los descubrieran?

MANUEL:

Metiéndose hasta la cocina. Al cura casi se le caen las hostias en la olla de los frijoles. (*Ríen*)

GALLO:

Con lo bien que nos caerían ahorita unos frijolitos de esos. (*Silencio largo*) ¡Méndiga religión! Y los pendejos no despiertan.

MANUEL:

Ni despertarán, Carlos. Ni despertarán. (*Pausa*) ¿Te has puesto a pensar en lo que hubiera pasado si no hubiéramos venido?

GALLO:

No me gusta pensar en eso. Es irremediable.

MANUEL:

Yo la verdad no me puedo sacar de la cabeza el día que me encontré con mi padre en la caseta. Fue la última vez que lo vi. Si él me hubiera convencido de irme con él, tal vez yo no estaría aquí, pero tampoco hubiera vuelto a ver a Lucía. Todo ocurrió en un segundo, como si el tiempo se hubiera detenido. Lo supe cuando Higareda hizo explotar el almacén del Cantábrico. Vi a la muerte riéndose, acechándome. ¿Sabes qué? Pensé en todo. En Lucía, en mis padres y mis hermanas, en

ustedes, en nosotros, en nuestros sueños. Nadie en su buen juicio quiere ir a una guerra, porque nadie quiere morir.

GALLO:

¿Y tú qué piensas?

MANUEL:

Que nunca he tenido buen juicio, pero tampoco quiero morir.

Gallo sonríe. Mira a Manuel, los dos amigos se encuentran en la soledad de la celda y se abrazan.

GALLO:

Manuel, perdóname. A veces pienso que los arrastré a vivir y ver la vida como la veo yo.

MANUEL:

¿No te das cuenta de que nosotros subimos a este barco desde que salimos de Guadalajara hace tres años? Gallo, estar aquí era nuestro sueño. La guerra, esta lucha, no empezó en julio de 1936. A veces creo que ni siquiera nosotros la comenzamos.

Silencio largo. Gallo camina por la celda, se acerca a la única ventana que hay en ella, la contempla pero no la alcanza, pues se encuentra en lo alto. De las celdas aledañas proviene una riña entre custodios y presos. Un custodio dice: ¿A quién se le ha ocurrido mezclar americanos con peninsulares? ¡Joder! (A Ricardo) ¡Anda acá, animal! (A Golden) Tú también, americano de mierda. Además de rojos, imbéciles.

Voces, gritos, puertas que se abren y cierran. Entra el custodio con Ricardo y Golden; los pone en la celda, donde Alejandro se encuentra dormido; Ricardo alcanza a percibir; antes de entrar a aquélla, la presencia de sus amigos en la celda contigua.

Silencio. Se escuchan los pasos del custodio que se aleja.

RICARDO:

¡Gallo! ¡Manuel! ¡Me escuchan!

GALLO:

Ricardo. (*A Manuel*) Es Ricardo.

RICARDO:

¡Gracias a Dios! (*Comienza a llorar muy ahogadamente*)

GALLO:

¡Carajo!

Silencio.

MANUEL:

¿Dónde estabas?

RICARDO:

Golden está conmigo.

GOLDEN:

(*Con acento inglés*) ¡Hola, camaradas!

MANUEL:

Camarada Golden, es un placer.

GALLO:

¿Y dónde estaban?

RICARDO:

En otra crujía, con puros ferrolanos. Les contamos cómo fue el asalto al barco. Luego me preguntaron de allá, de México; hasta me puse a cantar, me escucharon y fue cuando nos trajeron.

Risas breves.

GALLO:

¿Y Alejandro no estaba con ustedes?

RICARDO:

Alejandro está aquí dormido.

MANUEL:

¿Dormido?

GOLDEN:

Sí.

Silencio.

RICARDO:

Los de aquella celda nos contaron que no han matado a los camaradas españoles que venían en el barco. Y que algunos

han estado enviando cartas a su tierra, para que de allá manden cartas de recomendación, para convencer a los jueces para recibir el indulto.

GALLO:

(*Ríe*) ¡Qué imbéciles! (*Pausa*) Y no te lo digo a ti, Ricardo. Pero no es posible un juicio justo cuando juez y parte son lo mismo. Estos juicios son una farsa.

GOLDEN:

Seguro, yo pensar lo mismo. Ellos también decir lo ocurrido con los italianos.

MANUEL:

¿También los indultaron?

RICARDO:

A ellos ni siquiera los enjuiciaron.

GOLDEN:

Mussolini save them.

GALLO:

¡No puede ser! Malditos fachas, malditos. Si ellos ganan, todo se va a la mierda, ¿entienden? A la mierda.

MANUEL:

Tienen más poder del que yo pensaba.

GALLO:

Y están unidos, no como nosotros.

GOLDEN:

Sí, con ellos estar también Hitler.

GALLO:

¡Qué mierda, qué mierda!

MANUEL:

¿Qué pasa con los rusos o los franceses, que no hacen nada?

GALLO:

No lo sé, carajo. No lo sé.

Silencio. Del exterior provienen los ecos de alguna otra zona de la prisión.

RICARDO:

Gallo, Golden cree que todavía podemos librarnos de ésta.

GALLO:

¿Cómo? No seas ingenuo, camarada Golden. Si nuestro gobierno no mete las manos por nosotros, mucho menos lo hará el tuyo por ti.

GOLDEN:

No, yo no decir eso. Me no esperar nada de gobierno.

MANUEL:

¿Entonces?

GOLDEN:

Nosotros escapar, así... golpeando y pegando, cuando ellos estar distraídos.

MANUEL:

Pudiera ser. Aunque necesitaríamos conocer sus movimientos, estudiarlos.

GALLO:

No, Manuel, no te la creas. Este cuate ha visto mucho cine. Mucha fantasía.

MANUEL:

No debemos darnos por vencidos. Es sólo aprovechar una distracción.

GALLO:

Distracción. ¿Qué distracción? Si parecen perros de caza. Además ellos están armados.

GOLDEN:

(Para sí) A distraction, just a distraction...

Durante un rato largo, Ricardo ha mirado con curiosidad a Alejandro, que se encuentra en el suelo frente a él. Lo sacude, le habla; pero no despierta.

RICARDO:

¡Manuel! ¡Gallo! Yo creo que Alejandro no está dormido.

CARLOS:
¿Entonces?

RICARDO:
No sé.

CARLOS:
¡Cómo no sabes! ¿Respira?

RICARDO:
Quién sabe.

CARLOS:
¡Muévelo!

RICARDO:
¡Ya lo hice!

MANUEL:
Pon tu oído en el pecho.

CARLOS:
¡Carajo! ¿Cuántas veces no lo hiciste allá?

GOLDEN:
(*A Ricardo*) Permitirme, por favor.

Golden lo ausculta.

GOLDEN:
Estar vivo.

RICARDO:

Sí, pero no responde. (*Se levanta y comienza a gritar en dirección a donde se ha ido el custodio*) ¡Guardia, guardia!

GOLDEN:

¡No! (*Lo jala hasta tirarlo*) *Holy shit!*

RICARDO:

(*Lo empuja*) ¡Ora, qué te traes!

CARLOS:

¡Cállense, Ricardo! ¿Qué no te das cuenta? ¡Se lo van a llevar!

RICARDO:

Necesita que lo curen.

CARLOS:

¿Para qué? De cualquier modo se va a morir, y no creo que quiera hacerlo en la cama de un hospital.

MANUEL:

¡Mejor despiértenlo!

RICARDO:

Alejandro... Franco, Franco... despierta.

GOLDEN:

Camarada Alex, despierta.

MANUEL:

¡Hey, Golden! Guardé un poco de vino. Agárralo.

Manuel saca su brazo con un cuenco de vino a través de los barrotes; Golden lo alcanza y da de beber un poco a su compañero. Alejandro bebe; balbucea frases inconexas.

RICARDO:

Está despertando. ¿No tienen agua? Le va a hacer falta.

ALEJANDRO:

No más agua. No sé nadar, no puedo. Ése se ahogó. ¡No, no!
¡Lo dijimos todo, mamá, todo! ¡Ten el cambio! ¡No sé! ¡El
agua, el agua! ¡No sé, no sé!

RICARDO:

Alejandro, Alejandro, tranquilo... Estás aquí con nosotros.

GOLDEN:

Está delirar.

ALEJANDRO:

¡Salten! ¡No! ¡Se disparó! ¡Los quemó y se disparó!

Un guardia dice:

(Fuera). ¡Qué pasa allí! ¡A callar, ratas!

Silencio.

GALLO:

¿Cómo está, sigue acostado?

RICARDO:

Sí.

GALLO:
¡Levántenlo!

RICARDO:
¿Para qué?

GALLO:
¡Por si vienen! ¡Levántenlo!

Ricardo intenta levantarlo pero, al hacerlo, Alejandro le responde a golpes. El primero se defiende, hasta que cae lastimado.

Manuel:
¿Qué pasa?

GOLDEN:
He's knocked out!

RICARDO:
(Levantándose) Me pegó. Está confundido y lastimado. Delira. No sabe ni dónde está.

Fuera se escuchan las voces de un par de hombres, a quienes no se les entiende.

RICARDO:
¡Shhht!

GALLO:
(Procurando no ser escuchado) ¡Síntenlo! ¡Que lo vean sentado!

MANUEL:

(Quien intenta escuchar la conversación que se lleva a cabo afuera) ¡Escuchen!

RICARDO:

No se entiende, hablan en gallego.

Manuel lo calla.

MANUEL:

(Después de un tiempo de haber seguido la conversación)
Vienen por nosotros.

GOLDEN:

Hoy no ser el día.

MANUEL:

Lo sé, pero eso fue lo que entendí.

GALLO:

¿Acomodaste a Alejandro?

RICARDO:

Sí, aunque ya se volvió a caer.

Entra un grupo de guardias, corren a través del pasillo.

GUARDIA 1:

¡Hala, arriba, escoria! ¡Salid, os quiere fuera el señor capitán!

GALLO:

¿A dónde nos lleva?

GOLDEN:

Hoy no ser fusilamiento.

GUARDIA 2:

(A Golden) ¡Calla, basura! *(Lo golpea)*

Golden toma la punta del arma y logra voltearla. Forcejea con el guardia, sin alcanzar a derribarlo. Los otros tres prisioneros, que están de pie, intentan en vano detener a quienes los custodian. Golden finalmente consigue derribar al guardia. Le arrebató el arma y, al tratar de golpear a otro de los custodios, un tercero lo golpea en la cabeza y lo hace caer. Todos los prisioneros, excepto Alejandro que sigue sentado en el suelo, son encañonados con bayonetas por cada uno de los guardias.

GUARDIA 2:

(Se limpia la boca) ¿Te crees muy vivo, americano? *(Lo pateó)* ¡Maldito rojo, hijo de puta!

GUARDIA 3:

(Viendo que Alejandro no se levanta) ¿Qué pasa con ése?

RICARDO:

Estaba dormido.

GUARDIA 3:

Sabía que en América erais sucios, feos, estúpidos y holgazanes.

RICARDO:

(A Alejandro) Levántate, Franco.

ALEJANDRO:

(Arrastrando las palabras al hablar) ¡Franco no, Franco no!
¡Yo no soy Franco! ¡Franco es un hijo de la chingada! ¡Un auténtico hijo de la chingada!

GUARDIA 4:

¿Qué ha dicho?

RICARDO:

No sé, yo tampoco le entiendo.

Alejandro arremete con un nuevo ataque de golpes y palabras ininteligibles.

GUARDIA 4:

¿Pero qué le pasa a este tío? ¡Joder, si es una bestia! *(A los otros)* ¡Hala, salid, ya veré yo lo que se hace con éste!

Gallo, Manuel y Ricardo no hacen caso y entre los tres levantan a Alejandro.

GUARDIA 4:

¿Pero qué hacéis? ¡Dejadlo ahí, so imbéciles!

GALLO:

Mire, si no viene él, nosotros tampoco.

MANUEL:

Y a usted qué más le da, si somos los holgazanes quienes lo vamos a cargar. (*A Alejandro*) ¡Anda, Alejandro! ¿Te conté que así se llama el único hermano que me queda?

ALEJANDRO:

Alejandro.

GUARDIA 4:

¡A callar, bestias!

Todos pasan por donde se encuentra Golden; Ricardo se detiene y lo levanta. Los guardias lo empujan, haciéndolo caer también a él, por lo que se ríen. Golden y Ricardo se apoyan uno al otro, hasta que logran levantarse. Golden están muy golpeado. Todos salen seguidos por los guardias y sus bayonetas.

X
Por armas

El Ferrol, abril de 1937.

Socorro, Manuel, Gallo, Ricardo, Alejandro y Golden se encuentran de pie a la altura del proscenio, con las manos atadas; todos miran al público: cada uno, una silla atrás. Rinden su declaración en el Consejo de Guerra que les es realizado por el bando rebelde. Se encuentran alumbrados apenas por una tenue luz cenital. Las voces de los jueces provendrán del público.

JUEZ/SECRETARIO:

Nombre.

En canon los siete personajes irán diciendo su nombre.

SOCORRO:

Socorro Barberena Palomino.

MANUEL:

Manuel Zavala Ceballos.

GALLO:

José Carlos Gallo Pérez.

RICARDO:
Ricardo Solórzano Gómez.

ALEJANDRO:
Alejandro Franco Santana.

GOLDEN:
Martin J. Golden.

JUEZ/SECRETARIO:
Edad.

Todos dirán su edad en canon también en el orden iniciado.

SOCORRO:
Diecinueve.

MANUEL:
Veintiuno.

GALLO:
Veintitrés.

RICARDO:
Veinte.

ALEJANDRO:
Veinte.

GOLDEN:
Veinticinco.

JUEZ/SECRETARIO:
Nacionalidad.

Los cinco primeros responderán: “Mexicana”.

GOLDEN:
Norteamericana.

JUEZ/SECRETARIO:
Tomad asiento.

Los personajes se sientan.

JUEZ/SECRETARIO:
Acusado José Carlos Gallo Pérez. ¿Qué grado de estudios ha alcanzado usted en Méjico?

GALLO:
La preparatoria.

JUEZ/SECRETARIO:
¿Bachillerato?

GALLO:
Así es.

JUEZ/SECRETARIO:
Responda. ¿Cuál ha sido su misión en el barco?

GALLO:
Estaba encargado de dos cañones y una caja de municiones.

JUEZ/SECRETARIO:

Acusado Martín Jota Golden (*como se pronuncia en español*)
¿Podría pensarse, deducirse, que por el letrero de las cajas, el
barco llevaba material de guerra?

GOLDEN:

I don't know. I don't speak spanish.

JUEZ/SECRETARIO:

Pero sabemos, por algunas declaraciones hechas por usted
con anterioridad, que ha decidido abordar el barco al cono-
cer en un periódico sobre la ayuda precisada por el bando
popular para combatir en esta guerra. ¿Es eso cierto?

GOLDEN:

*I don't know. I don't understand. By the way, what happened
with the Italians? They must be here too.*

JUEZ/SECRETARIO:

¿Así que no entiende? Pero sí quiere saber lo que ha pasado
con los italianos. Ese asunto no os incumbe a ninguno de
vosotros. ¡Traducid!

*Se escucha una voz que, como en un susurro, realiza la
traducción.*

GOLDEN:

*No, I've been in the boat as a worker, as a member of the
crew. I only want to say, that I was born in New York and I'm
an American citizen, nevertheless I cannot demonstrate it.*

JUEZ/SECRETARIO:

(De pronto, frenético) Pero usted ha intentado hablar en inglés con El Canarias y engañar al comandante sobre la nacionalidad del buque. ¡Traducid!

El mismo proceso de traducción.

GOLDEN:

(Se levanta) Otero pushed me! *(Al público)* Otero is dead!

Los acusados, al ser nombrados, se levantan uno a uno de sus asientos. Caminan en círculos en torno a la zona donde se encuentran las sillas. Contestarán inmediatamente después de ser imprecados por el Juez. La respuesta de todos será similar.

JUEZ/SECRETARIO:

Y vosotros, mejicanos, extranjeros, teníais la misión en caso de que el Mar Cantábrico fuese atacado, haceros cargo de las metralletas y otras armas.

Los mexicanos se levantan y dicen: “¡Otero me obligó!”, Al público: “¡Otero está muerto!”.

JUEZ/SECRETARIO:

Usted, acusado Franco, ha abordado el barco como polizón y, a pesar de ello, ha gozado de la confianza del delegado del Frente Popular.

ALEJANDRO:

¡Otero me obligó! *(Al público)* ¡Otero está muerto!

JUEZ/SECRETARIO:

Todos vosotros habéis servido como indeseables elementos de la zona roja. ¡Todos!

Todos caminan con frenesí y repiten: “¡Otero nos obligó! ¡Otero está muerto! ¡Otero nos obligó! ¡Otero está muerto! ¡Otero nos obligó! ¡Otero está muerto!”.

Golden dirá las mismas frases, sólo que en inglés: “Otero pushed me! Otero is dead!”. Y después: “I don’t want to die! I’m going to die!”.

Se detienen en seco. Despacio, en un murmullo mántrico, todos dirán:

No quiero morir. Voy a morir. No quiero morir. Voy a morir.

No quiero morir.

Voy a morir.

Socorro se separa del resto.

SOCORRO:

Siempre ha sido conveniente culpar a un hombre muerto.

Todos la miran.

Oscurece.

Mutación.

Ahora todos los acusados se encuentran de pie, a la altura del proscenio, cada uno iluminado por una luz cenital. Durante todo el siguiente diálogo, los soldados encañonarán a los prisioneros haciéndolos subir a la plataforma.

EL FISCAL:
¡Por armas!

JUEZ/SECRETARIO:
¡Por armas!

EL FISCAL:
¡Matadlos!

Un soldado:
¡Fusiladlos!

JUEZ/SECRETARIO:
¡Son escoria! ¡Rojos, sucios americanos!

EL FISCAL:
¡Ratas, estiércol, comunistas!

Un soldado:
¡Matadlos!

EL FISCAL:
¡Fusiladlos!

JUEZ/SECRETARIO:
¡Fusiladlos!

Todos los acusados están en la plataforma: la mirada al frente, los brazos atrás, atados. Todos visten traje, sin corbata; van descalzos. Socorro permanece en el extremo derecho de la plataforma, desde donde los mira. Silencio.

Voz en off:

¡Preparados! ¡Apunten!

SOCORRO:

(Corre y se coloca delante de los condenados) ¡Nooo! ¡Alto!
¡Deténganse!

Voz en off:

¡Joder!

EL FISCAL:

¡Pero qué pasa aquí! ¡Hacedla a un lado, hostia!

Un soldado llega hasta ella, la toma por los hombros para moverla.

Soldado:

Señorita, tenga la bondad.

SOCORRO:

No, esperen. Todos sabemos que ellos murieron y cómo murieron. Pero desde que salieron de Guadalajara, subieron trenes, carros, autobuses y barcos soñando una muerte distinta. *(Desata los brazos de los condenados)* No aquí, ante ustedes, el pelotón de fusilamiento; sino enfrentándolos en un campo de batalla. Y como todo esto es ficticio y ellos van a morir irremediamente, he pensado que lo hagan como siempre quisieron. Como lo imaginaron en altamar. *(Se coloca entre ellos y los toma de las manos)* ¿Listos?

Ellos asienten.

SOCORRO:

¡Fuego!

Algunos de ellos se lanzan de la plataforma, otros permanecen en ella, todos luchan cuerpo a cuerpo con el pelotón que ha subido al escenario y a la plataforma. Detonaciones, gritos y lamentos propios de una batalla. Uno a uno los condenados mueren. El ritmo de la batalla decae poco a poco, hasta extinguirse, sólo quedan el humo y las sombras. No hay oscuro, el escenario se transforma: al tiempo que la batalla se lleva a cabo y se extingue, irán apareciendo los mismos elementos de la primera escena que se recrea veinte años después de la primera. Podría solucionarse mediante un puente musical y con la ayuda de iluminación.

XI Otro Carnaval

El Puerto de Veracruz, febrero de 1957.

La escena nos recuerda la escena inicial (I), sólo que ahora el ambiente es festivo y alegre. Una luz cenital ilumina el extremo derecho de la plataforma. En ella hay dos mujeres, una madura y otra veinte años menor; madre e hija: Esther Casares y Esther Varela Casares. Ambas, la mirada fija en el horizonte. Se abrazan, se miran, se sonríen, se besan. Una muchedumbre invade el escenario, entre ésta se abre paso Socorro Barberena, ahora de cuarenta años. Está inquieta, busca febril entre los rostros de los pasajeros que descienden del barco. Sus ojos se encuentran con los de Esther. Socorro escala la plataforma y corre hacia su amiga y la besa y abraza. La hija de Esther las mira, enternecida.

ESTHER:

Esther, ella es Socorro, mi amiga Socorro.

Socorro y la joven se miran, se reconocen brevemente, se abrazan. Esther se les une. Lloran y ríen a un tiempo. Recogen el equipaje con el que han llegado las viajeras. Caminan hacia la salida. Sirenas de barcos. El eco de un arpa alegre y un requinto. Voces, risas, los ecos del carnaval. Una parvada de gaviotas recorre el horizonte.

Oscuro final.

ÍNDICE

PERSONAJES	9
PRIMER ACTO	11
I veracruz	15
II manuel	17
III como usted	33
IV la caseta del guardavías	47
V carnaval	55
SEGUNDO ACTO	77
VI alta mar	79
VII el buque rojo	87
VIII socorro y esther	99
IX la prisión	113
X por armas	127
XI otro carnaval	135

El buque rojo, de Barbara Viterbo Gutiérrez, se imprimió y encuadernó en 2012 en los talleres de

Toluca, Estado de México. El papel de los interiores es cultural de 90 g y el de los forros, cartulina sulfatada de 14 pts. El tiro consta de mil ejemplares. Cuidado de la edición: Carlos Valenzuela Ocaña. Diseño: Jessica Ocaña Murguía y Paulina *La Olvidadiza* Díaz Barrios Honey.